

UNA HISTORIA REAL  
TRILOGÍA ♥ PARA SIEMPRE

# Conquistada

LIBRO-1

NORAH CARTER  
PATRICK NORTON  
MONIKA HOFF

COLABORACIÓN DE  
FANNY RAMÍREZ

# CONQUISTADA

*Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff*

y con la colaboración De fanny Ramírez

Título: Conquistada

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff y con la colaboración

De fanny Ramírez

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Marzo, 2017.

©DOLCE BOOKS

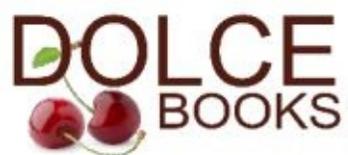
[dolcebookseditorial@gmail.com](mailto:dolcebookseditorial@gmail.com)

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.





*Marzo 1992*

Según la hora que marcaba mi reloj, estaba a nada de ganarme un coscorrón de parte de mi madre. Y buena era cuando se enfadaba. A mis quince años, cosa normal a ojos de un adulto, el toque de queda era a las once como mucho. Y eso me fastidiaba.

Acompañada siempre de mi inseparable y loco grupo de amigas, hacíamos todo tiempo de gamberradas y bromas las unas a las otras. Como tanto coreaban las viejas marujas: estábamos en lo que viene siendo la edad del pavo de toda la vida. Solo pensábamos en que los días volaran hasta que el ansiado fin de semana llegara para poder salir. Ese era nuestro mundo maravilloso y creíamos que la vida solo era eso, vivirla y disfrutarla al máximo.

Y como nos gustaba experimentar toda clase de sensaciones, empezando por beber nuestras primeras cervezas, en botellas de litro, nuestros primeros cigarrillos a escondidas... pero eso no era nada en comparación con todo nuestro ritual obligatorio de los fines de semana.

Todo era aventura en aquella época. Parecía que el tiempo se detenía en ese ahora que tanto disfrutábamos, tanto nos reíamos y nunca íbamos a crecer ni a madurar. Y éramos tan felices de esa manera... No había nada que temerle a ese mundo donde estábamos, según nosotras, completamente protegidas de todo mal. Nada nos iba a pasar, porque nos teníamos las unas a las otras. Quizá eso sea lo único que yo recuerde de esa época, lo más bonito que me tocó vivir. La hermandad, la camaradería, las risas... ahora es cuando me doy cuenta de que todo eso no iba a durar para siempre.

Esa noche de recogida, después de haber estado comiendo golosinas hasta casi reventar, simplemente para poder ocultar el sabor a tabaco y a alcohol que llevábamos, pasó lo que viene siendo el principio de todo. Dicho queda, que nuestros padres serían de todo pero no tontos, y por muchos chicles de menta que nos cupiera en la boca, ellos sabían de nuestros trapicheos. No es por nada, sino porque la inteligencia de un padre va más allá de la física. Y ahora lo sé. El caso es que esa noche, riendo y cantando una de

nuestras canciones favoritas a son de Camela, un grupo de tres chicos, nos adelantaron.

Se notaba a leguas que eran los típicos surferos. Al vivir en Cádiz, rodeados de playa y sol, lo que más abundaban era esa clase de chicos. Todos bronceados, atléticos, guapos...

—Vaya morenaza —soltó uno con toda su simpatía al pasar por mi lado.

Al escuchar ese apelativo, que claramente iba dirigido a mí, levanté la vista. Casi me atraganté con mi propia saliva y perpleja como estaba me quedé de piedra al reconocerlo. Hacía ya un año que no lo veía. Todo un año, trescientos sesenta y cinco días, en los cuales nunca jamás se me había olvidado su cara. Era un bombón, tan guapo que solo de ser yo la receptora de sus palabras, me hizo sentir especial.

—¿Eres Jose? — le pregunté mientras él continuaba caminando tras adelantarme. Supuse que no me había reconocido.

Se volvió y se detuvo en cuanto sus ojos se pararon en mí. En su rostro, se dibujó enseguida una sonrisa. Me miraba fijamente, reconociéndome al instante que sus ojos repasaron todas y cada una de mis facciones. Casi chilló histérica al oírlo decir a continuación mi nombre. Aquella reacción me dejó tan fuera de juego que el desparpajo que siempre destilaba, había desaparecido.

—¡Natalia! No te había reconocido ¿Qué es de tu vida? —se acercó a mí, dejando a los demás adelantarse. Mis amigas estaban tan ensimismadas que no se dieron cuenta de que ya no participaba en la conversación.

—Pues nada, lo mismo de siempre — dije de lo más sosa, mientras que le daba dos besos.

Sin embargo el no paraba de sonreír. Eso fue precisamente lo que me acabó de cautivar. Esa sonrisa natural y espontánea que tenía al mirarme a los ojos.

El romanticismo bañaba las calles en aquel momento, incluso el tiempo se paró. A mí a penas me salían las palabras y eso que no me callaba ni bajo el agua. De repente, todo se había vuelto mágico, misterioso, solo estábamos él y yo. Un mundo nuevo que mi corazón creó en ese mismo instante.

Nunca podré olvidar ese rato, de palabras intercambiadas, miradas inocentes. Un escalofrío recorría mi cuerpo continuamente al igual que no dejaba de sudar. ¿Qué me estaba pasando?

—Estás muy guapa — dijo de la nada mientras andábamos tranquilamente uno al lado del otro.

Me ruboricé hasta las orejas ante aquella declaración incluso mis manos empezaron a temblar.

—Gracias —fue lo único que pude decir al respecto.

No sabía que me ocurría. Estaba muda, sin saber que decir. Jamás pensé que un chico me podría causar esa clase de efectos. Pero puedo hasta sentir esa sensación de vértigo aun hoy, en la boca del estómago.

Nos quedamos parados en mitad de la calle, o fui yo la que hizo que se parara. El caso es que no sabía qué hacer y mis piernas no me funcionaban correctamente.

Yo que era un terremoto, a nadie dejaba en paz y a más de uno le daba dolor de cabeza incluso verme aparecer. Siempre fui la cabecilla de la clase, aquella que en tantos líos se metía. La primera en soltar cualquier disparate y ahora... ahora me había quedado sin habla.

—Pues nada, me voy que estos van muy delante y se pierden seguro, espero verte de nuevo — añadió con un tono gracioso, sin dejar de sonreírme.

El pobre debió pensar que era retrasada o algo peor.

—Vale —contesté sintiéndome de pronto demasiado saturada.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de que hacía mucho tiempo que un chico no me llamaba la atención de la forma en que Jose lo había hecho. Parecía una tontita enamorada, sin saber decir otra cosa que monosílabos mientras daba vueltas a mis infinitas pulseras que adornaban mis muñecas.

Una vez que se hubo marchado, fue cuando el miedo empezó a atenazarme. ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Creerá que soy tonta, estúpida? Seguro ahora estaba arrepentido incluso de haberme saludado en primer lugar, pensé. Yo que con mis amigas era el alma de las fiestas, la que se apuntaba a un bombardeo sin preguntar dónde.

Seguramente, el hecho de que él hubiese aparecido de esa forma tan inesperada delante de mí era lo que había producido en mí todas esas sensaciones que nunca antes había experimentado.

No puedo contar la de veces que me dije «Tonta» esa noche. Me recliné hasta la saciedad el haberme comportado como una niña de parvulario.

Las pobres de mis amigas, llegaron a casa con la cabeza hecha un bombo y es que todo el camino lo pasé soltando por la boca, lo que no fui capaz de soltarle a Jose en su momento. Verdaderamente tenían que ser muy buena gente o de estar igual de locas que yo, para aguantarme. Seguramente más de una se tendría que tomar doble aspirina una vez llegaran a casa.

Ese niño había despertado mi corazón y cada vez que lo recordaba el pulso se me aceleraba. Conociéndome, me acosté, ingeniando volverlo a ver lo antes posible. No quería que pasara otro año sin volver a verlo. Comencé a rezar para que sucediera otro encuentro como aquel. Quería verlo. Quería saber si tendría alguna oportunidad. Y por mi madre, que no la iba a desaprovechar.



A la mañana siguiente, los nervios seguían recorriéndome entera. A lo largo de la noche no había dejado de dar vueltas en la cama. Y el responsable de todo eso era un chico de ojos miel, cabello oscuro y sonrisa perfecta, llamado Jose.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza a todo lo acontecido de la noche anterior. No podía borrar de mi mente aquella sonrisa como tampoco conseguía olvidarme del ridículo tan espantoso que había hecho al no decirle prácticamente nada cuando él comenzó a preguntarme.

Tenía un nudo en el estómago tan grueso que era incapaz de desayunar nada. No sabía lo que me estaba pasando exactamente. De repente, era como si sintiera algo muy intenso por él. Yo no me atrevía a llamarlo amor, porque me parecía por entonces una palabra demasiado fuerte para decirla a voz de pronto. Pero estaba claro que sentía algo por ese chico y que sea lo que fuere no podía expresar con palabras.

Si tuviera que describir cómo era Jose, diría que era alto, con un bronceado perfecto, una sonrisa que ni los de *Vitaldent* y lo mejor, una bondad que resumía de cada poro de su piel. Su rostro lleno de luz y de vida era quizá lo que me había acabado de hechizar. Ese retrato que tenía en mi cabeza era el que me estaba volviendo loca. Mis amigas y yo siempre fuimos de fantasear con eso de enamorarnos a primera vista.

Yo era la que me reía y pasaba de todo, cierto es que de vez en cuando me entraba la curiosidad, pero pronto se me iba de la cabeza en cuanto veía la oportunidad de hacer cualquier trastada. Era una adolescente alocada, con el único pensamiento de pasarlo bien, y apenas me duraban dos días los ligues que conseguía. No me había dado tiempo de pensar en profundidad en esos temas, solo lo veía en películas romanticonas o en su defecto, en pleno aburrimiento, me entretenía escribiendo cartas de amor ficticias.

Ese día después de mirar el frigorífico en busca de la inspiración divina, sentí la presencia de mis padres a mis espaldas. Sin ver sus rostros sabía que intuían que algo me pasaba. Una vez que los encaré, no sé si fue por las oscuras ojeras que lucía bajo mis ojos o mi mala cara, mi madre empezó a sermonearme. Eché

el achaque de que pasé mala noche y que desperté con el estómago revuelto por haber ingerido demasiadas chucherías.

La regañina subió un tono más y es que por mucho que quisiera engañarme, mi madre no era gilipollas.

—No quiero pensar lo que harías ayer tarde por ahí sola o con tus amigas —dijo ella con la intención de sonsacarme información. Y es que con esa mirada de ojos entrecerrados y boca apiñada, daba más miedo que la niña del exorcista.

Obviamente yo juré y perjuré no hacer nada raro, no habíamos estado en ninguna fiesta ni nada en donde pudiera conseguir bebidas alcohólicas. En cierto modo no estaba mintiendo, ya que la cerveza no la conseguíamos de ninguna fiesta, el quiosquero de la plaza nos la dejaba más barata y a escondidas a cambio de que le consiguiéramos alguna foto comprometida de la vecina de enfrente.

Pero la única razón de mi indigestión no era esa ni mucho menos. Si no las irrefrenables ganas que tenía de verlo otra vez. No paraba de fantasear en como podría ser ese momento. Tenía claro que la próxima vez que nos viéramos no iba a comportarme como la vez anterior. Nada de quedarse callada y mirar a las musarañas mientras el pobre intentaba entablar conversación. Tenía que mostrarme tal y como era, extrovertida, dicharachera...

Una vez que pude zafarme del interrogatorio de mis padres, con la excusa de tener que acabar un trabajo para clase, me puse ropa cómoda y me dirigí directamente a la casa de mi amiga Estefanía. De nuevo volví a mentirles, pero ésta vez no era mi loca cabeza ideando, sino mi corazón pedía a gritos que lo hiciera.

Era tan extraño... Cuando sientes algo tan fuerte por una persona y te comportas de una forma diferente que ni tú misma te reconoces. Las personas más cercanas a ti enseguida se percatan, parecen señalar cada diferencia, cada ínfima cosa. La forma de hablar, la de vestirse, en la mirada, en los gestos, en las acciones. Tu mundo cambia, tu forma de observar las cosas y eso quieras o no, los que siempre están a tu lado, lo perciben.

Más tarde de lo que tardaba habitualmente en llegar, toqué el timbre y esperé ansiosa a que me abriera. Gracias a dios no se hizo de rogar y a los pocos segundos, la puerta se abrió. Acto seguido su ceño se frunció y ahí supe que ella también se había dado cuenta de todo. Me dejó pasar y nos fuimos al salón.

Las palabras salieron de mi boca, sin poder pararme a pensar en nada más que desahogarme. Le conté todo lo que estaba pasándome. El hormigueo constante en la boca del estómago, el nerviosismo que no me dejó pegar ojo en toda la noche. Ella, la muy desvergonzada, no paraba de reírse como si todo lo que estaba diciendo, fuera una de mis tantas bromas.

—No me lo puedo creer, Natalia. ¿Estás hablando en serio? —dijo ella sin dejar de reír.

—Que sí, tía, algo me pasa —lloriqueé sintiéndome idiota de repente—. No dejo de pensar en él. No he podido probar bocado siquiera —añadí yo con cierto tono de aflicción.

Con lo que a mí me gustaba comer.

—¿Crees que te has enamorado? —preguntó ella intrigada, ya con la risa pasando a un segundo plano.

—No lo sé. Pero tengo una sensación rara en el estómago, como un aleteo ¿sabes? Nunca me había pasado una cosa así.

Se quedó mirándome como si buscara algún indicio de burla en mi cara, como si en cualquier momento

fuera a gritar que todo es una trola.

—De la única de la que no me hubiera esperado algo así, es de ti. Tú que eras la más dura de mollera, que para sacarte una lágrima teníamos que hacer un curso. Te juro que estoy hasta asustada...

En ese momento, tocaron al timbre. Estefanía no esperaba a nadie, pero no era de extrañar que de un momento a otro se llenara la casa de gente. Teníamos por costumbre reunirnos allí, ya sea en el portal o en su habitación. Este era nuestro punto de encuentro generalmente.

Estefanía abrió dejando paso a Carolina.

—Tienes que escuchar esto, ven —dijo Estefanía con efusividad.

—¿Qué pasa? — preguntó Carolina atusándose el flequillo como siempre hacía para no perder la costumbre.

—No pasa nada — intervine lanzándole una mirada envenenada a la chivata.

—Oh, no, nada de eso. Cuéntale a Carolina lo que me has contado a mí. Somos un grupo, tienen derecho a saber tu última locura.

Ella suelta una carcajada dejándome ver que aún no se lo creía del todo. Pero aun así, suspiré y empecé a relatar todo desde el principio.

—Está bien —accedí—. Ayer, cuando volvíamos a casa, un chico, que no veía desde hacía por lo menos un año, me paró y estuvo hablando conmigo un momento. Ustedes estabais en vuestro mundo y siquiera os disteis cuenta de que me quedé rezagada. Pero el caso es que me quedé callada como un muerto, no sabía que decir, si es que no se me olvidó hablar... no sé cómo explicarlo.

—¿No me digas que te has enamorado? — preguntó enseguida una vez que acabé de contarle.

—No sé qué me está pasando —le dije de pronto—, llevo toda la noche sin dormir y tampoco he desayunado. —No sé por qué ese dato era de total importancia. O sea, yo, sin comer. Suerte que tenía un cuerpo que ni una top model, si no, me tendría que levantar con grúa todas las mañanas.

—Eso es que te gusta — intervino Estefanía emocionada y dando palmadas.

Rodé los ojos cuando vi su extraño comportamiento bipolar. Ella era así de espesita a veces.

—Creo que sí. No voy a negarlo — respondí a Carolina, sonrojándome de paso.

—Pero, ¿sabes algo de él? ¿Dónde vive? ¿Conoces a sus amigos? —contrató de nuevo la del flequillo en cortinilla, como si fuera un detective.

—Sí, se llama Jose. Vive en los Pisos Blancos. Tiene el pelo moreno, ojos oscuros, sonrisa perfecta, un pequeño lunar encima del labio... —la mirada se me perdió hacia el horizonte y me vi sonriendo como una idiota al recordarlo.

Pero al no escuchar respuesta alguna de su parte, bajé de las nubes, para ver su cara blanca como la pared. Acto seguido comenzó a reír sin tregua.

—Pero, ¿qué te pasa? — pregunté yo, riendo también. Su risa era tan contagiosa que siempre nos la pegaba.

—Que lo conozco. Es el Jose. Tuve un rollo con él cuando era más pequeña —dijo ella con soltura y espontaneidad. La risa se me cortó en seco.

—Eres una cabrona — añadió Estefanía con sorna.

—No fue nada. Éramos unos mañacos. Lo conozco, claro que lo conozco —dijo dándome una mirada risueña.

—No me lo puedo creer. —dije todo lo natural posible—. Es verdad lo que dicen: que el mundo es un pañuelo.

Mi sonrisa era más falsa que un billete de veinte duros. Pero no me hacía una pizca de gracia que ahora pueda tener ganas de volver a retomar algo con él. Pero al contrario de lo que pensé, ella se comprometió a conseguirme una cita con él.

—Verás que sorpresa te voy a dar, Natalia. Te prometo que tú a ese chico más pronto que tarde lo vuelves a ver —sus palabras sonaron tan creíbles que me ilusioné.

Aquella misma tarde recibí una llamada de Carolina. Yo estaba en casa y no sabía cómo disimular mi emoción. Me había conseguido una cita con Jose tal y como ella me había prometido.

—No sé cómo darte las gracias. Eres una amiga de verdad — comenté yo con una ilusión desmedida.

—Me lo encontré por casualidad, y se lo propuse. Enseguida aceptó, ¿sabes? — añadió ella con el mismo entusiasmo que yo.

—Madre mía, ¡qué nervios!

—Ponte guapa, colócate un bonito vestido y arrasa. Vales mucho y él lo sabrá apreciar en cuanto te conozca —me animó.

Quedaríamos el viernes por la tarde en los recreativos de la calle Real. El jueves por la noche estaba temblando como un flan. No sabía cómo iba a reaccionar cuando yo apareciera. ¿Por qué había decidido quedar conmigo? ¿Acaso yo también le gustaba? Todas esas preguntas rondaban mi cabeza. Cerré los ojos para intentar dormir, pero no pude. ¿Cómo hacerlo si todo lo que ocupaba mi razón era la expectación e incertidumbre de qué pasaría ese día?



Como predije, ese día estaba de los nervios. ¡Tenía una cita! Y con nada más y nada menos que con Jose, aquel surfero que se había ganado mi corazón incluso antes de darme cuenta de que me faltaba.

El nerviosismo cada vez era mayor, pero era tal mi cabezonería que me obligué a serenarme; me solté mi largo pelo negro, me puse mis Levi's favoritos junto con mi jersey morado que hacía resaltar mis caderas, y lista. Estaba para comerme hasta sin guarnición. Me maquillé a conciencia, intentando tapar las profundas ojeras bajo mis ojos y es que la noche anterior no había podido ser peor. Me entraron unos retortijones, que casi me deshidrato. O bien estaba por coger un virus o es que estaba más atacada de lo que quería confesar.

Me miré a conciencia, y sonreí satisfecha con el resultado. Estaba radiante, bonita. Iba a sorprenderlo y si tengo suerte podré conseguir una segunda, tercera o incluso decima cita con él. Hasta yo me sorprendí de las ganas que tenía de seguir quedando juntos.

Las llamadas mariposas en el estómago se me habían transformado en grandes dragones que no paraban de aletear sus alas.

Ahora me daba cuenta de que estaba sintiendo cosas que jamás imaginé que yo llegaría experimentar en algún momento. Siempre me había reído de todo este tipo de sensaciones. Siempre había considerado que eran tonterías de enamorados. Más de una vez había confesado a mis amigas que yo no me enamoraría jamás. Que yo no me iba a arrastrar por ningún tío y que no iba a casarme ni nada por el estilo. Y ahora ahí estaba con el corazón latiendo como loco, de camino a un salón de recreativos, donde un chaval me había hecho tilín y del que esperaba todo, esperaba por mí.

Si tengo que ser sincera, diría que el camino hasta llegar al salón de recreativos se me hizo eterno. Cada paso que daba, me ponía más nerviosa. Estaba histérica, no paraba de tragar saliva y de suspirar. ¿Quién me mandaba a mí meterme en este jaleo? Pero luego pensaba que aquel chico merecía la pena. Que tarde o temprano esto tenía que llegar y que seguramente, por mucho que lo negara, me estaba enamorando, me estaba enamorando perdidamente. Mis amigas se habían dado cuenta enseguida, pero también serían mis amigas las que me advertirían de que no me fiara de Jose, pues tenía fama de haber salido con muchas

chavalas.

Me presenté en el recreativo, y allí estaba él, jugando al Mario Bross. Al verme me dio dos besos y nos pedimos una Coca Cola. De nuevo, me estaba pasando lo mismo que cuando lo vi el primer día, era incapaz de decir ni una palabra.

Él tuvo que darse cuenta enseguida. Porque también se quedó en silencio un buen rato y solo se limitó a sonreírme. Me encantaba que hiciera aquello. Yo volvía a estar cortadísima y de vez en cuando bajaba la mirada con timidez.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas? — preguntó.

—No sé qué me pasa. Me pongo muy nerviosa cuando te tengo enfrente, eso es todo. —confesé logrando al fin hilvanar una frase completa.

—A mí me pasa lo mismo. Todo esto también es extraño y nuevo para mí, Natalia.

—Pero a ti te veo más tranquilo, yo sin embargo... —hago una mueca mientras remuevo los hielos de mi vaso—. Soy una chica lanzada y mírame, aquí estoy, parada y muda, como si fuese una tonta —dije intentando sonreír.

—¿Te apetece dar una vuelta? —pregunta tras soltar una risa después de lo que le dije.

—Vale —acepté bebiendo de golpe lo que quedaba de mi coca cola.

Un rato después, salimos de allí y nos fuimos a la zona del cementerio, en completo silencio. Se notaba los nervios de ambos y casi lanzo una carcajada al aire de lo patéticos que parecíamos. Nos acercamos a un banco alejado, dando la espalda a unos edificios y sin esperármelo me agarró de las caderas y me sentó justo entre sus piernas. Quedando apoyada en su pecho y sus piernas a cada lado de mis muslos. El corazón casi se me salió del pecho y no sabía si gritar o desmayarme.

Su mano agarró mi barbilla haciendo que nuestros ojos se encontrasen y entonces llegó... el primer beso. Ese que hizo encender de golpe cada una de las emociones que me negaba aceptar.

Recuerdo aún ese primer contacto de sus labios y eso que ha pasado ya mucho tiempo. Lo recuerdo como algo extraordinario, como si una corriente de electricidad recorriera todo mi cuerpo. Fue tan inesperado que no me dio tiempo a reaccionar, a que todos los sentimientos que brotaron de mi pecho fueran asimilados por mí. Aquello fue una bomba de relojería que estalló justo en el centro de mi corazón.

No podía creerme que Jose hubiera hecho aquello. Pero yo lo necesitaba, yo me estaba muriendo de las ganas. A lo mejor, en otro momento, si me hubiese besado un chico que no fuese Jose, le habría atizado una bofetada de tal calibre que la recordaría toda su vida. Pero no era el caso. Aquel beso confirmaba que él también sentía algo por mí, que sentía que yo era también para él y que había algo entre nosotros que no podíamos retener, que no podíamos apaciguar, que no podíamos callar.

Jose era tranquilo. En cambio, yo era todo un torbellino. Me quería comer el mundo lo antes posible, pero ahí estaba en esos momentos, babeando por ese chico que había robado mi corazón y queriendo vivir lo más despacio posible.

Nos miramos y el comenzó a reír. Sabía que su beso me había encantado. Yo creo que estaba tan nervioso como yo, pero él sabía disimularlo mejor. En ese instante y rodeados de gente, sentía que estaba en el paraíso. No me importaba el lugar, lo que me importaba era estar con él. Era como si estuviera en una

isla perdida en el océano, como si fuésemos dos náufragos. No me importaba el mundo, no me importaba el tiempo, no necesitaba a nadie, solo a él. Estaba claro que me había enamorado. No necesitábamos a nuestros amigos ni a nuestras amigas cerca de nosotros, pues queríamos estar los dos solos y disfrutar del momento. Sin que nos diésemos cuenta, la tarde pasó rapidísima. El hecho de tener que volver a casa me rompió el corazón. No quería irme y creo que él tenía la misma sensación.

Las noches las pasaba escribiendo poesías sobre él, escuchaba música y lloraba, lloraba de miedo, tenía mucho miedo a perderlo, esa era la verdad.

Pero yo no quería pensar en eso. Yo quería pensar en que lo iba a tener para siempre. Estaba ausente del mundo. En casa no paraban de preguntarme qué demonios me sucedía. No hablaba, no comía, no estaba concentrada en mis estudios. Sólo pensaba en Jose. En el fondo, mis padres, sí que sabían lo que me ocurría, pero pasaba de hablar con ellos sobre ese tema.

Yo los miraba fijamente y sonreía con aire de tontina. Ellos se quedaban parados y volvían a hacerme las mismas preguntas. ¿Qué te pasa?, ¿Estás enferma?, ¿Tienes problemas fuera de casa?, y un largo etcétera. Siempre evitaban la pregunta correcta, que era si estaba enamorada. A lo largo de aquella semana, también tuve que escuchar a muchas de mis amigas advirtiéndome de que aquel tipo no era de fiar, que no me hiciera demasiadas ilusiones, pues Jose tenía fama de haber dejado a otras chicas después de salir con ellas unos días. Después de aquel beso, vinieron otros. Aún recuerdo la semana en que salíamos todas las tardes un rato. Jose estudiaba por las mañanas en el instituto y por las tardes trabajaba como técnico en una empresa familiar. Cuando terminaba su trabajo, yo iba a recogerlo. Después, nos íbamos a los recreativos o a nuestra particular isla paradisíaca, un murete donde nos sentábamos delante de los pisos.

A veces, hablábamos sobre temas sin importancia, películas, música, programas de la tele. Otras veces hablábamos de nuestros amigos. Pero, la mayoría de las ocasiones, nos quedábamos en silencio. Me gustaba oír su respiración, los latidos de su pecho. Me gustaba que me acariciara el cabello. Veíamos el atardecer en aquel lugar donde nadie nos molestaba, donde todo estaba en silencio. De vez en cuando, algún corrillo de chavales rompía nuestra serenidad. Daban voces y se tiraban piedras mientras huían unos de los otros.

Nada era importante en aquel momento, salvo nosotros. A veces me acompañaba hasta la esquina de mi calle. No hasta la puerta de casa. Queríamos evitar que mis padres nos vieran juntos. Era mejor así. Tengo la sensación de que aquella semana fui verdaderamente feliz, fui verdaderamente dichosa a su lado. No había otra cosa en el mundo que me importara de verdad como aquel chico. Es curioso cómo los sentimientos pueden manipularnos de esa forma. Pero estoy hablando muy en serio. Cada beso era una forma de elevarme, de salir de aquella realidad monótona y aburrida.

Para él, era lo mismo. O eso pensaba yo. Así me lo dijo más de una vez. Yo era alguien que le interesaba, de la que estaba enamorado eso me hacía sentir bien. Cada vez que me lo decía, las mariposas regresaban a mi estómago. Y la ansiedad y el nerviosismo se convertían en sensaciones muy agradables para mí.

Qué pronto llegó la Semana Santa. Jose salía de penitente en uno de los pasos. Era abril y el día 16 era su cumpleaños. Muy ilusionada ese día, quedamos a tomar café. Yo le tenía una sorpresa guardada. Cuando él vio el pequeño paquete envuelto con un papel brillante, se quedó pasmado. No se lo esperaba. Desenvolvió cuidadosamente aquel presente que yo había comprado para él y, cuando vio la cajita, me miró los ojos y me dijo que no tenía que haber hecho una cosa como esa.

Yo le dije que se estaba convirtiendo en una persona muy especial para mí. Y que quería decirle con aquel gesto, con aquel detalle, que me gustaba, que me gustaba de verdad. Abrió la caja y se encontró con una pulsera de plata. Sus ojos brillaron y, después de mirarlo por no sé cuánto tiempo, volvió a mirarme a mí con ese brillo atrayente que caracterizaba su mirada.

Yo me quedé sin palabras. Él, también. Igual que me había pasado a mí muchas veces, Jose no encontraba las palabras adecuadas para expresar lo que sentía en aquellos momentos. Estuvimos unos segundos en silencio. El momento se convirtió en mágico, donde no hizo falta hablar, solo observarnos a los ojos. Aunque la cafetería estaba llena de gente, el mundo careció de importancia. Volvíamos a estar en nuestra particular isla desierta. Jose se emocionó aún más cuando, al coger la pulsera, se dio cuenta de que su nombre estaba grabado. Como también lo hacía la fecha de su cumpleaños.

Yo me había encargado de que fuese un regalo muy especial, la confirmación de una relación en la que muy poca gente creía. Nos besamos ahí mismo, delante de todo el mundo. Yo volví a elevarme. Estaba flotando. Cada vez que él me besaba de esa forma imprevisible, yo sentía que alcanzaba el cielo. Se puso la pulsera delante de mí. Le quedaba perfecta. Yo me sonrojé cuando él no pudo articular palabra. Sus ojos vidriosos, como si estuviera a punto de llorar, me emocionaron también a mí.

Aquella noche me acompañó hasta la puerta de casa. Ya no nos importaba que los vecinos, conocidos o mis padres nos vieran juntos. Después de despedirnos con un beso largo, yo entré en casa. El corazón me palpitaba como siempre hacía cada vez que lo veía. Curiosamente, en casa no había nadie en ese momento. Me fui a mi cuarto. Me quité la ropa y me puse cómoda. Me acosté en la cama. Aunque estaba cansada y no paraba de bostezar, el sueño no llegaba a mí. Estaba emocionada. Mi cabeza no paraba una y otra vez de recordar cada instante, cada segundo, cada momento de aquella tarde. La pulsera había sido todo un acierto. Ahora tenía más claro que Jose y yo teníamos un futuro. No se trataba ya de un enamoramiento casual y estúpido. Éramos una pareja. Lamentaba que mis amigas no se alegraran por mí y que siguiera viendo en Jose a una persona en la que desconfiar.

Pero tanta felicidad no podía ser verdad. Por desgracia, las vidas a veces no son como en las películas. Nuestra historia no iba a ser un camino de rosas. Una tarde como otra cualquiera en la que habíamos quedado en el salón de recreativos, encontré a Jose bastante raro.

Aquello me dio muy mala espina. No me gustó en absoluto su semblante. El gesto era serio y sombrío. Yo comencé a inquietarme. No quise preguntarle nada directamente. Lo besé en los labios. Y él no me respondió de la misma forma. Generalmente, era Jose el que llevaba la iniciativa y me besaba como si no hubiera un mañana. Me dijo que tenía que hablar conmigo. Salimos de los recreativos y fuimos a una cafetería que estaba cerca.

Yo temblaba. El tono de su voz no me había gustado tampoco. Aquel que denotaba tristeza, era también el reflejo de su cara. Yo lo miraba ilusionada, sin embargo. Pero él no me correspondía de la misma forma.

Nos sentamos en una mesa y yo me pedí una *Fanta*. Él no pidió nada, algo que me extrañó muchísimo. Estuvimos callados un buen rato. Yo esperaba que él comenzara a hablar enseguida, pero no lo hizo. Estaba muy nervioso. Nunca lo había visto así.

De repente, me soltó la bomba.

—No podemos seguir saliendo, Natalia.

—Pero, ¿qué pasa? – pregunté yo tragando saliva. Tenía las lágrimas casi derramándose de mis ojos.

—No veo futuro en lo nuestro. Somos demasiado jóvenes y quizá estamos yendo muy deprisa — dijo él con un hilo de voz, sin mirarme siquiera.

—¿Es por la pulsera? La devuelvo si hace falta. No quería abrumarte. No era mi intención agobiarte, perdona —añadí yo con tono desesperado.

—No es la pulsera. Es que no podemos seguir. Simplemente eso.

—Pero yo te quiero, Jose. Yo te quiero – mis palabras sonaron a súplica.

—Tú también eres una persona muy importante para mí, pero hazme caso. Es mejor así. Encontrarás a otra persona.

—Jose, ¿he hecho algo que te pudiera molestar? – pregunté yo con el mismo tono de desesperación del principio.

—No lo hagas más difícil. No podemos vernos más. Y ya está —repuso él con un tono cortante.

Cuando terminamos de hablar, yo no supe qué hacer. Mi mundo se desmoronaba. Ya no éramos dos naufragos en una isla perdida. Nuestro mundo se desquebrajó en mil pedazos. Todo aquel universo de fantasía con el que yo estaba encantada desaparecía delante de mis ojos. Él se levantó de su silla. No me miró. No me besó. Dejó unas monedas para invitarme el refresco y se marchó. Mi corazón estaba destrozado. Agaché la cabeza y miré al suelo mientras mi infierno empezaba.

Ahora tenía que darles la razón a mis amigas. Me había equivocado. Me había equivocado por completo. Aquella relación había sido un fracaso. No quería pensar que Jose era un mentiroso y que simplemente me había engañado. No quería pensar que Jose era de esos chicos que se dedican a ligar con muchachas para luego abandonarlas y así demostrar su hombría delante de sus amigos.

No quería pensarlo. Pero a veces la cabeza va más rápida que el corazón. Y entonces sentí que yo era una víctima, posiblemente una víctima más de aquel chico en el que yo había confiado y había puesto todas mis ilusiones. Me levanté de la silla y me encogí de hombros. Me crucé de brazos y, caminando despacio, muy despacio, me fui para casa.

El camino se me hizo eterno. Solo tenía ganas de llorar, pero no quería que nadie me viera. Quería hacerme la fuerte. Estaba deseando llegar a casa para hacerlo. Y así fue, entré en mi cuarto. Mis padres me preguntaron qué me pasaba, pero yo no le contesté, o recuerdo que les contesté algo para salir del paso.

Me eché en la cama y mi rostro se hundió en la almohada. En ese instante estallé. Grité y me puse a llorar desconsoladamente.

El amor era una mierda.



Triste, deprimida, sin consuelo, así me sentía desde que Jose me dejó. No podía aguantar tanto dolor, no me concentraba en los estudios, esos que casi ya daba por perdidos, y que intentaba sacar por la presión que me daba mi madre. Pero era imposible concentrarme en algo más allá que mi propia tortura.

Pasaban los días y no tenía noticias de él, mis amigas intentaban consolarme, pero no había manera de hacerlo, salíamos de fiesta, pero nada era lo mismo, miraba para todos lados soñando que lo volvería a ver.

Me daba vergüenza mirarlas a la cara. Ellas no se habían equivocado. Yo había fracasado. Me había hecho unas ilusiones que no habían sido correspondidas por ese chico del que me había enamorado perdidamente.

Creo que aquel desengaño me había venido muy bien, si tenía que buscar un lado positivo de aquel fracaso. Me había de lujo porque me hizo darme cuenta de cómo es la vida y como debía aprender a vivirla. Por primera vez, me daba cuenta de que mi vida no iba a ser fácil y que de alguna manera la felicidad también se basa en ese tipo de tropiezos. Pero el dolor era grande. La ansiedad volvía a mí cada tanto y sentía un dolor muy fuerte que me oprimía el pecho. No sabía cómo hacer frente aquella situación. Me había equivocado con un hombre y seguramente ahora desconfiaría de todos. Me había equivocado con el amor.

De hecho, una mañana en el instituto me enteré de que Jose estaba con otra y, ese día, mi mundo se desmoronó por completo tanto o más como lo había hecho el día que rompimos. Entonces comprendí que para él había sido una más y eso me terminó de matar. ¿Por qué existían los hombres como Jose? ¿Por qué existían hombres que hacían ese tipo de cosas a las mujeres? Estaba hundida y también decepcionada con la vida. No entendía que el destino se comportara así conmigo.

Yo era una chavala, simplemente una niña tonta que se había enamorado. Y, sin embargo, aquel chico había jugado conmigo, con mi ingenuidad, con mi inocencia. Aunque mis amigas y yo éramos traviesas y hacíamos toda clase de locuras, en el fondo, no éramos nadie. Y eso era lo que había sucedido, Jose me

había manipulado como había manipulado a muchas muchachas tal y como me habían asegurado.

El viernes salimos, pues claro, mis amigas no iban a permitir en ningún momento que me viniese abajo, así que yo también decidí quitármelo de la cabeza y divertirme como hacía tiempo no lo hacía.

Entramos a una discoteca que en aquel entonces la llamábamos “La light”. Era la única a la que nos dejaban entrar siendo menores de edad. Inconscientemente mi mirada barría el lugar, buscándolo. Pero sabía que no lo iba a encontrar. Al fin y al cabo, él se movía con otra gente y por otros sitios. Pese a sentirme engañada, mi corazón me pedía verlo. Me sentía ridícula. Me sentía avergonzada de mí misma al reconocer que no me importaba mirarlo a los ojos otra vez. Aunque solo fuera por unos breves segundos.

Seguramente no me atrevería a pedirle explicaciones. Estaba todo dicho. Él me había dejado por otra. Pero el amor que yo sentía hacia él por desgracia no había desaparecido de la noche a la mañana. De alguna manera, si yo lo viera, mi ansiedad desaparecería por unos instantes. Sentiría el alivio de saber que él estaba bien y qué quizá, en algún momento, podríamos sentarnos con tranquilidad hablar de lo que había sucedido. Pero todo eso eran fabulaciones que yo me iba haciendo en la cabeza para negar lo evidente. Y lo evidente era que yo había sido engañada. Me había utilizado. Y estaba completamente abrumada por el hecho de que mi corazón no quisiera reconocerlo.

Después de repasar cada rostro a mi alrededor, y con aire depresivo, me dirigí a la barra a pedir un refresco.

—Una Coca — Cola, por favor — dije al camarero.

—Otra para mí y se la cobras a ella — dijo un chico a mi lado.

Lo miré riendo, me había causado gracia el morro que tuvo. Pude descubrir, además de una preciosa sonrisa, unos ojos azules como el cielo y un pelo castaño que lo hacían de lo más guapo.

—No tengo dinero – encogió los hombros sin dejar de sonreír.

—Está bien, ponga dos – dije al camarero riendo.

—Gracias, pero te la vas a tener que tomar conmigo. ¿Qué menos después de haberme invitado tan amablemente?

—¿Seguro? No creo que sea buena compañía en estos momentos —le respondí con el alma por los suelos. Lo que menos me apetecía era lidiar con otro chico.

—Me llamo Sergio y tranquila, yo te quito las penas —guaseó dándome dos besos con toda la naturalidad del mundo.

—Pues creo que eso es imposible... —le contesté como si hablar con un desconocido, fuera una cosa de todos los días. Pero en verdad parecía que lo conocía de toda la vida, y tenía tantas ganas de desahogarme, que al final acepté su compañía.

Me cayó tan bien aquel chaval, que empecé a olvidarme de mi tristeza. Además, era un chico muy guapo y su simpatía me había hechizado por unos instantes. Lo más curioso es que su aparición hizo que no volviera a buscar a Jose en todo el rato que estuvimos charlando.

—Cuéntame – dijo mientras daba un sorbo a su refresco.

—Hombres... ¡no hay quién os comprenda! —solté con ánimo, de verdad me gustaba hablar con él.

—Todos nos somos iguales, hay mucho bicho suelto...

—Ya — acepté con una carcajada.

—¿Te ha ignorado algún chico verdad?

—Bueno más que ignorar, me ha robado el corazón y se ha quitado de en medio —confesé sintiendo la rabia de nuevo subir por mi garganta. Pero simplemente me digné a encogerme de hombros como si no me afectara lo más mínimo.

—No te preocupes que yo nunca te dejaré – dijo descaradamente haciéndome sonreír.

El tío era un actor de primera. Me estaba sacando unas sonrisas y no era fácil porque yo lo estaba pasando fatal. Seguimos con el cachondeo durante un buen rato. Me lo estaba pasando genial. Había encontrado en Sergio una clase de distracción que yo necesitaba. Mis amigas se habían separado de mí. Las había perdido de vista por unos instantes, pero luego me enteré de que no me quitaron ojo. Vaya unas cotillas. Yo no sé qué tenía yo que normalmente era la que más ligaba, la que me encontraba con todos estos chavales que intentaban enseguida encandilarme. Sergio le estaba consiguiendo. Porque su naturalidad y su espontaneidad me eran de lo más excitantes.

—¿Quién te dijo que vaya a estar a tu lado? —dije yo haciéndome la dura e interesante.

Siempre escuché de que para ganarte a un hombre tienes que hacerlo sufrir, quizás ese fue mi fallo con Jose y en vez de dejarlo yo a él, él lo hizo conmigo.

—¿Ah no? Pensé que estábamos comenzando una relación —protestó haciendo una mueca, ofendido.

—Sí, claro, te conozco de... ¿hace 5 minutos? Sí, una relación en toda regla, ya tenemos hasta la fecha de la boda —me carcajeé de lo lindo haciendo que él también riera a la par.

—¿Cuánto te bastó para enamorarte de él?

—Estás loco – reí, era verdad, con Jose me bastó solo una mirada para caer de cabeza a sus pies.

—Entonces qué... ¿Quieres salir conmigo?

—¿Pero me lo estás diciendo en serio? – pregunté flipando. Las manos me empezaron a temblar así que las apreté en mi regazo intentando no hacérselo ver.

—¿Me ves cara de broma? —preguntó haciéndose el serio. Realmente era guapísimo, encantador y me estaba haciendo reír como nadie.

—¡Sí! —respondí muerta de la risa.

—Pues no, así que respóndeme y no me hagas preguntarlo dos veces, porque si no, me veo en la obligación de convencerte y eso haría que mi garganta se secara, por lo que me tendrías que pagar una segunda coca cola.

—¡Qué morro tienes! ¿Me quieres pedir salir? ¿Me quieres a tu lado para pagarte coca colas? – no podía parar de reír.

—Aparte de eso, porque me gustas.

—¿Te gustan todas las que te pagan los refrescos?

—No me cambies el tema, estoy esperando tu respuesta.

—No te voy a contestar a eso, me lo tomo a broma...

En esos momentos, me agarró por el cuello y me pegó contra sus labios, me dio un beso de esos que dejan claro quién manda, sinceramente me dejé llevar... Necesitaba aquel beso de tornillo. Cuando se separó de mí, estuve a punto de cruzarle la cara. Se había pasado tres pueblos. Pero yo, en el fondo, agradecí que lo hiciera. Me había subido la autoestima de una forma bestial. Lo miré con los ojos incendiados. Ojalá hubiese seguido besándome.

—Ya me has respondido.

—¡Qué morro tienes!

—Pues sí, pero me vale para alcanzar mis objetivos.

—Ya veo... — negué con la cabeza riendo.

—Dile a tus amigas — señaló a la pista — que ya os veréis, te voy a acompañar a tu casa y vamos a disfrutar de esta preciosa noche primaveral.

—¡Estás loco!

—Sí, y a ti te gusta...

—¡Qué descarado eres!

—Vas y se lo dices tú ¿O lo hago yo?

—No, no, ya voy yo — solté una carcajada mirando a la pista que veía como mis amigas nos miraban cotilleando.

Mis amigas me dijeron que se alegraban. Les dije medio en broma que me iba con mi nuevo novio, así que amando a Jose, en esos momentos salía de la discoteca con un nuevo chico, que no me había robado el corazón, pero sí que... me había impresionado.

Sergio era una bomba, era todo lo contrario a Jose.

Los días pasaron al igual que los meses. Me esperaba cada día en la puerta de casa, haciendo que mi madre se enfadara y pusiera el grito en el cielo cada vez que llamaba por mí. no me deja ni a sol ni a sombra, y eso me hizo feliz.

No había vuelto a ver a Jose, pero eso no hizo que no llegara a mis oídos su idas y venidas con cualquier chica cada día. Pero como todo en la vida, a mí me tocó acostumbrarme a eso. Empecé a sentir cosas por Sergio, comencé a olvidarme de Jose, pero muy en el fondo rezaba para que ahora que estaba mejor, no me lo encontrara de nuevo.



*22 de agosto 1992*

Estaba feliz. Esa noche iba con mi amiga Sonia al concierto de Terapia Nacional y no cabía en mí de felicidad. Sergio, como siempre, no tenía dinero para la entrada por lo que le tocó quedarse fuera. Quedó conmigo que me recogería una vez finalizado el evento. Mi vida volvía a sonreírme y mi mundo poco a poco volvía a ser el que era. Sergio me estaba dando estabilidad, risas y momentos únicos y aunque aún echara de menos a Jose, me hacía ver que ya no formaba parte de mi presente. Me dolía, eso sí, me apenaba la sola idea de no volver a verlo jamás, como también sabía que me vendría bien su ausencia. La madurez hizo mella en mí, ahora que el palo había pasado. Veía las cosas desde otro punto de vista, más precavida. Lo que me pasó no deja de ser un aprendizaje que me ayudaría a seguir adelante y aprovechar cada instante.

No podía estar fantaseando continuamente, eso también tenía que agradecerse a Sergio. Me puso los pies sobre la tierra, entre otras cosas, porque tenía las cosas bastante claras y eso hizo que yo también me replanteara mi camino. Ya valía con los príncipes azules que yo misma me inventaba en la cabeza y que había visto reflejado en Jose. Eso no deja de ser un mero espejismo de la realidad.

Con toda la ilusión del mundo, me puse unos pantalones de lycra, pegados y en tonos pasteles que me encantaba y una camiseta blanca de tirantas. Me veía radiante, guapísima y cómo diría mi Sergio: todo un pivonazo. Era tan segura de mí misma que eso era lo que más atraía a los chicos, o por lo menos, eso me decían mis amigas.

Dos horas antes de que empezara el concierto, ya estábamos en la puerta para conseguir nuestras entradas. Cada cual chillaba y cantaba a coro cualquiera de las canciones y no podía estar más feliz. No parábamos de chillar como locas histéricas. Todo el mundo nos miraba. Ahora que lo pienso, no sé por qué éramos tan ruidosas, pero entonces entiendo que apenas éramos unas crías emocionadas. Muchas veces me río sola, recordando aquellas escenas. Escenas de mi pasado que se proyectan en mi mente de vez en cuando.

De repente, levanté la vista sintiendo una fuerza sobrehumana que me obligaba a hacerlo. Y me encontré con él. Iba acompañado de su inseparable grupo de amigos y cuando tenía la seguridad de que pasaría por mi lado sin siquiera percatarse de mi presencia, gira la cabeza y me ve. Mi corazón dio un vuelco, casi puedo imaginarlo dar un salto mortal con doble tirabuzón, y todo. Las piernas me empezaron a temblar, junto con todo el cuerpo. Mi cabeza se hizo un lio, sin saber qué hacer o decir o simplemente pensar. ¿Quería verlo? Sí. ¿De verdad? No.

Sonia tiraban de mí, incluso se puso en frente para entorpecerme la vista directa hacia él. Pero no pude evitar esquivarla, porque Jose venía directo hacia mí. Vi en su mirada el interés, las ganas de hablarme. Y yo no podía impedirselo. No cuando yo también me moría por hacerlo.

—Hola —saludó antes de inclinar la cabeza y regalarme dos besos en cada mejilla, seguidos de una preciosa sonrisa. Esa sonrisa que tantos suspiros y llanto me arrancaron.

—Hola, ¿Vienes al concierto? — pregunté nerviosa.

—No, pero, si quieres entro con vosotras— dijo divertido.

—No tengo dinero para invitarte — bromeé.

Estaba tan acostumbrada a hablar así con Sergio, que se me hizo fácil sacar mi verdadera personalidad. Lo que tampoco cabía en mi entendimiento era la razón por la que me atrevía a darle conversación a un tipo que tanto daño me había causado. No sabía qué demonios me estaba pasando, pero su tono alegre, aquella sonrisa hipnótica y todo él, eran los únicos culpables.

Escuchaba como mi amiga murmurar descontenta y enfadada por mi falta de sentido común. Pero ni yo misma sabía el por qué lo hacía en primer lugar.

Lo que más me sorprendió de todo es que parecía no haber pasado nada entre nosotros. Hablaba con naturalidad, como si aquella fatídica tarde no hubiera roto y pisoteado mi corazón hasta convertirlo en un guiñapo.

—No me hace falta —dijo contestando a mi broma—, te recuerdo que trabajo pese a mi edad, así que voy a ventanilla saco una entrada y entro.

—¿Y tus amigos? —le pregunto viendo cómo se adelantaba hacia la taquilla.

—Les digo que los veo mañana —se encogió de hombros y fue a comprar su entrada.

Sonia y yo estábamos flipando. ¿Jose de concierto con nosotras? Lo peor es que Sergio sabía de su existencia, encima lo conocía, pues vivían relativamente cerca. Para colmo, me estaría esperando a la salida, pero... ¡Yo seguía amando a Jose! En esos momentos, era la más feliz del mundo y creía que nada iba a salir mal.

Sonia en un momento de la noche, se encontró con su prima, dejándonos a solas. Él empezó a hablarme de sus cosas, de lo que le gustaba hacer. Trabajaba por las mañanas y hacía surf y skate, cuando no estaba estudiando.

En un momento de la noche, con un litro de cerveza casi acabado, empezó a repasar mi cuerpo de arriba abajo, sonriendo y apreciando cada curva de mi anatomía. Algo me decía, que le gustaba lo que veía.

Bebíamos, nos mirábamos y cantábamos hasta que entre la nebulosa que estaba hecha mi cabeza, me tiró

hacia atrás en el césped donde nos habíamos sentado y empezó a besarme. Nos besamos con ganas, con ansias vivas. Haciéndome recordar cada ápice de esos días felices a su lado. Me hizo olvidar a Sergio, el cual seguramente ya estaría esperando por mí, fuera del recinto. Pero no había cabida para eso en mi cabeza. No cuando sus labios y sus manos eran todo lo que necesitaba para respirar.

Estaba desesperada, era incapaz de soltarle, sin que me doliera el corazón. Lo quería y necesitaba tanto... una parte de mi cerebro, me decía que, pese a la traición, aquello me venía bien. Parece una auténtica locura, pero así era. Estaba feliz, pletórica. No podía controlar mis impulsos.

Empecé a comparar sus besos con los de Sergio, mientras que Sergio lo hacía lento, él era rudo y ansioso. Me estaba excitando como no había manera. Entre la música, el alcohol recorriendo mis venas y la pasión que transmitía de Jose, hizo que el momento se hiciera eterno y único. Seguramente estaba traicionándome a mí misma. Había caído de nuevo en la trampa.

Pero nada me importaba...

—No te voy a dejar más — dijo ante mi asombro, buscando aliento.

—Jose, estoy con otro —le confesé apenada desviando la mirada.

—Estás conmigo, me quieres a mí y lo sabes, si no, no estarías aquí besándome —

—Me estará esperando fuera...

—Pues elige, sales por esa puerta agarrada de mi mano, y comenzamos esta historia juntos, o te vas con él y no vuelves a verme nunca.

—Quiero estar contigo.

Jose me agarró de la mano y me sacó de allí. Yo quería que la tierra me tragase, en cuanto lo vi. Allí junto con sus amigos, sentado en un pequeño muro, esperándome. En cuanto reparó en nosotros, su sonrisa murió en sus labios y agachó la cabeza. Ahí, en ese mismo momento, aprecié el daño que le había causado. Noté como su corazón se rompía en mil pedazos. Pero está de más decir, que a quien amaba no era a él si no al chico que tiraba de mi mano y me alejaba de la multitud. Ese por el que me sentía completa de nuevo. Feliz al extremo.

Al día siguiente, nos fuimos a la playa juntos, cogimos el autobús y nos fuimos para Cádiz. Yo estaba de lo más feliz del mundo, por fin volvía a sentirme bien, por fin lo tenía conmigo.

Qué rápido se olvida el dolor. Estaba en la cama recordando lo feliz que había vuelto a ser, así que decidí escuchar a uno de mis cantantes favoritos y esa canción que en esos momentos me venía como anillo al dedo...

*Junto a ti  
despierto y estoy entero  
es que sí  
amar es total para mí  
junto a ti  
despierto y me siento nueva  
pienso que  
amarte es total para mí*

nadie sabe que los dos  
aquí  
abrazados  
nos lanzamos al vacío  
déjame tocar tu cuerpo pálido  
con tanta fuerza  
que ya nunca ría ni que llore  
márcame en le piel tu huella mágica  
tu huella personal  
nuestro amor es total  
junto a ti  
no pienso porque no pienso  
junto a ti  
amarte es total para mí...  
es  
lo que ves  
poca cosa  
un historia de amor  
que no pesa  
que no pasa  
que se queda entre los dos  
que te va  
que te viene  
que te llora y te sonrío  
que te toca  
que te lía  
que no sabe ni porqué  
junto a ti  
despierto y no sé si es cierto  
es así  
estoy en el límite  
junto a ti  
que sientes lo que yo siento  
es que sí  
amarte es total...para mí



*Septiembre 1992*

La familia de Jose aumentaba. Su mamá había dado a luz. El hermano menor de Jose había acabado de nacer, siendo el cuarto hijo. Eran tres chicos y una chica, aún no entraba en su casa naturalmente. Pero, como hice migas con la hermana, un día me instó a entrar para que conociera al pequeño de la familia. Jose estaba trabajando, cuando se enteró casi me mata, pero le hizo gracia, solo subí en calidad de amiga y no como su novia.

Nuestra relación se consolidaba. Éramos felices juntos, mi madre ya sabía de su existencia, la suya también, no le hizo mucha gracia, pero ella imaginaba que eso duraría poco, al fin y al cabo, éramos muy jóvenes, pero nosotros teníamos claro que queríamos estar juntos.

Creo que de alguna forma Jose también había madurado. Creo que le estaba gustando de veras estar conmigo. El tiempo iba pasando y, sin darme cuenta, había descubierto en él a una persona en la que podía confiar de verdad. Todo iba sobre ruedas. Los rumores sobre su habilidad para ligar con una y otra chica iban desapareciendo de su historial. Al menos era lo que yo pensaba. Notaba también con otra actitud a mis amigas que parecían darse cuenta de que aquel chico iba en serio conmigo. Eso me alegraba.

Descubrí que la felicidad no estaba reñida por el dinero. Jose me demostraba desde su sencillez que era capaz de tenerme contenta, de hacerme soñar y yo no le pedía más. Ni a él. Ni a la vida.

Han pasado los años y sigo pensando lo mismo.

Nos veíamos un rato algunas tardes, ya que teníamos que estudiar, cosa que él alternaba con el trabajo; eso nos hacía estar más cómodos. Los fines de semana teníamos más libertad, siempre y cuando por las noches cumpliéramos los horarios que nos imponían nuestros padres. Seguíamos siendo unos críos a sus ojos.

Mi mundo de nuevo era él y tenía la sensación de que yo, pese al currículum que él tenía de picaflor, me

había convertido también en su mundo, en su pequeño mundo. Pero eso nos bastaba. No necesitábamos nada más. Nuestra felicidad era infinita, mientras estuviéramos juntos.

De alguna forma, volvimos a estar en aquella isla desierta de fantasía y cuando íbamos a la playa, aquella fantasía de los dos naufragos parecía más real que nunca.

Mirábamos las olas, el horizonte azul. A veces el cielo y el mar eran la misma cosa. La brisa nos traspasaba y entonces, sin que yo se lo pidiera con las palabras, pero sí con la mirada, me tumbaba sobre la toalla y volvía a besarme apasionadamente. Y el mar, y el rumor de las olas, y las mareas cubriendo las rocas y los bancos de arena, se convertían en nuestra particular banda sonora.

No sé si Jose experimentaba lo mismo que yo, pero yo me sentía dentro de una película. Era la protagonista de una aventura que solo era posible ver en el cine.

Después de besarnos, yo lo miraba, absorbida por la luz de sus ojos, y entonces reíamos juntos, y nos decíamos cosas bonitas. Y el mundo que yo conocía, una vez que dejáramos la playa, no era el mundo real. Porque el mundo real era aquel en el que él y yo estábamos sumergidos, rodeados por las aguas que no paraban de susurrarnos desde ese horizonte azul y lleno de luz.

—Te quiero mucho, Natalia. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. No me despiertes nunca de este sueño, Jose.

—¿Qué sueño? ¿De qué me hablas? – preguntaba intrigado.

—De *este* sueño. No quiero despertar. Dime que siempre vamos a estar juntos – le pedí yo con una voz entrecortada. Me daba un miedo atroz volver a pasar lo que pasé.

—Claro que vamos a estar siempre juntos. Te lo prometo.

—Me alegra mucho oír eso – dije yo entre triste e ilusionada.

—¿No me crees? – preguntó frunciendo el ceño.

—Quiero creerte, Jose, pero tengo miedo – dije yo dejando de mirar a sus ojos.

Volví mi mirada al mar, a esas olas que engullían la arena, que morían en la orilla una y otra vez, eternas, como si nunca fuese a cesar aquella fuerza que las empujaba.

—No tengas miedo. No te voy a dejar otra vez. Estoy muy arrepentido de lo que hice. Aquello fue una chiquillada.

—Sufrí mucho. No te puedes imaginar cuánto.

—Lo sé. Fui un auténtico cabrón. Nunca tenía que haber sucedido algo así, ¿sabes? – su voz sonaba triste y melancólica, lo que produjo en mí un efecto de alivio.

—Si me dejas, la próxima vez te lo hago pasar canutas.

—Me lo merecería por supuesto.

—Te prometo que voy a joderte toda la vida como me vuelvas a dejar.

—¿Me vas a joder? – soltó una preciosa sonrisa.

—¡Toda la vida! – le propiné un beso en sus labios.

—No serías capaz...

—No me conoces, una vez vale, dos... ¡Voy a por ti!

—Vale, me ha quedado clarito.

—¡Más te vale! – me tiré encima de él y me lo comí a besos.

De alguna forma, no puedo separar mi relación con Jose del paisaje de la playa. Había algo en el mar que hacía que aquellos encuentros fueran especiales. A veces me sonrojo cuando recuerdo este tipo de experiencias. Pero no puedo mentir. Era el mar y el cuerpo, y los ojos, y la boca de Jose lo que me hacían sumergirme en esa especie de sueño, un sueño que vivía dentro de mi propia realidad.

Creo que él no era tan soñador como yo. Por mucho que me prometiera que no iba a dejarme, siempre tendría la duda. Mis fantasías creo que no eran las tuyas, punto, pero no me quedaba otra que confiar en él. Quizá era una ilusa, pensando en el futuro, en un futuro junto a él, en un para siempre. Creo que tenía que ser más práctica. Si de algo me había servido en su momento aquel fracaso amoroso con Jose, era precisamente para darme cuenta de que la vida no era igual que en las películas. Sin embargo, no podía evitarlo, cuando estaba junto a él, todo volvía a teñirse de color rosa. Y prefería entonces ser una ilusa que vivir en el mundo real donde el miedo acaparara todo.

No me preguntéis por qué. Pero me juego todo lo que queráis a que no soy la única a la que pasa eso.

Llegó noviembre y el día cuatro era mi cumpleaños. Jose me sorprendió con un disco de Terapia Nacional en recuerdo del día que comenzamos de nuevo la relación. Iba acompañado de una orquídea y una caja de bombones.

Era feliz, Dios sabía cuánto lo era, estaba empezando a dibujar una sonrisa en mis labios difícil de borrar.

—Me encanta...

—Por eso te lo regalé...

—Es el disco de nuestro concierto...

—Bueno, exactamente del concierto de Terapia Nacional, pues con lo mal que cantas, no creo ni que te abriesen un bar para que lo hicieses – bromeó.

—Qué estúpido eres...

—¡Yo también te quiero!

—No te creo...

—¡Ya empezamos! No seas paranoica...

—Ojalá fuera eso.

No me concentraba en los estudios, no podía, mi mente estaba en Jose, ese hombre que era la inspiración de mi vida y de las letras que a veces escribía en algún papel que luego guardaba, o cartas de amor que le entregaba y a veces, él me respondía con otra.

Llegó Navidad y justo después de las cenas, nos íbamos a pasar la noche con amigos a un club que hacía fiesta privadas para menores. A nosotros nos hacía mucha ilusión el poder pasar toda una noche juntos,

aunque aquellas no pasaran de los besos, esos besos que enamoraban cada rincón de mi corazón.



*Enero 1993*

Nuevo año. Todo empezaba con ilusión. Jose formaba parte de mi vida. Pese a mis 16 años, estaba deseosa de poder vivir con él, pero nada tenía que ver con todo lo que iba a acontecer.

Hay algo de lo que he sido consciente conforme han pasado los años y es que el destino es imprevisible. Por mucho que queramos evitarlo, la vida siempre nos sorprende para bien o para mal. Ese año que comenzaba iba a saberlo por experiencia propia. Jamás imaginé que las cosas iban a suceder como así sucedieron. Ni siquiera en mis sueños, ni siquiera en mis pesadillas. Sí, así es. La vida es imprevisible. Yo no era más que una loca niña enamorada. Ese chico me gustaba de verdad. Éramos felices a nuestra manera. No éramos nada diferentes a otras parejas que a nuestra edad comienzan a salir y a pasárselo bien.

Aunque me costaba aceptarlo, yo sabía que el futuro al lado de Jose estaba todavía muy lejos. Aunque soñaba con bodas, con hijos, pero siempre adoptados, era muy sensible con ese tema, con tener una familia y un trabajo al lado del amor de mi vida, todo estaba aún demasiado lejos. Aunque Jose no me lo comentaba, él pensaría lo mismo que yo. Simplemente disfrutábamos del presente. No mirábamos más allá del fin de semana, de las vacaciones o de algunos planes que hacíamos con otros de nuestros amigos.

El Día de Reyes me regaló infinidad de cosas. Eran nuestros primeros Reyes juntos. Pasamos todo el día en la calle, comiendo, merendando y cenando. Cualquier tontería que hiciese, a mí... me enamoraba el alma. Tenía 16 años y Jose era unos meses mayor que yo. Éramos dos críos todavía, entregados simplemente al placer del juego. El amor que estábamos experimentando estaba todavía muy lejos de lo que podría ser una relación seria basada en el compromiso. No éramos conscientes del alcance de nuestro enamoramiento. Nos sentíamos felices así simplemente, viviendo la vida. Aquellas navidades fueron fabulosas porque todo de repente se llenó de una magia muy especial.

—Estoy alucinando Jose.

—Me alegro, ¡Para que luego te quejes de mí!

—Yo nunca me quejo, pero tampoco me fio – bromeo, en el fondo le tenía guardado el tema de cuando me dejó.

—Siempre sueltas todo con retintín...

—Tú lo buscaste – hice una mueca con los labios.

—Como sigas así de borde, no te llevo a comer por ahí.

—Más te vale que me lleves – le solté un beso.

Fue mágica porque la música, las fiestas y los regalos adornaron ese amor que sentíamos el uno por el otro. Por entonces, cada vez que pensaba en la palabra “amor”, me daba cuenta de que era demasiado grande para describir lo que sentíamos el uno por el otro. Amor, amor, amor. No lo creía, pero quería creerlo. Éramos, como he escrito antes, simplemente unos críos. Enamorados, sí. Quizá fuese yo la que jugaba a pensar en que todo era como en las películas. Y que, aunque la palabra “amor” se nos quedara grande, en verdad sí que lo era.

Tres días después de Reyes, nos fuimos a Cádiz. Cogimos el bus y allí nos plantamos, en un precioso bar frente al mar, tomando dos cervezas.

—¿Sabes? Me muero por hacerte el amor, justo allí, en la arena — dijo señalando a la playa.

—Jose ¡Por Dios! —exclamé entre susurros alterados. Mis mejillas se calentaron en el acto al igual que empecé a ponerme atacada de los nervios—, Lo que me faltaba, mi primera vez en la playa, una noche fría de enero... ¡Estás loco!

—No estoy loco, soy realista...

—Jose ¡Por dios!

—¿Pues no parece que te he amenazado o algo por el estilo? – bromeó

—Peor, ¡Mucho peor!

Su sonrisa se hizo más grande y el corazón me empezó a ir más deprisa. Sabía de sobra que no se iba a dar por vencido. Yo como él estaba deseando que esa noche de pasión desenfrenada, como todo el mundo describía, ocurriese. Pero me moría de la vergüenza y quizás aún fuera pronto para eso.

—Venga, bebe la cerveza que nos vamos a la playa —dijo decidido, moviendo la pierna, impaciente.

—Jose, por favor. Hace frío, es de noche... quédate quietecito donde estás, que así estás más guapo. Tómame un Lexatin y relájate —dije aguantándome la risa. Se le veía excitado, ansioso y me estaba empezando a divertir.

—Venga, no seas así... ¿te imaginas cómo será? —de pronto cierra los ojos y se muerde el labio inferior como si estuviera evocando la imagen de nosotros dos en esa tesitura tan comprometida.

Un calor sofocante cubrió mi cuerpo por completo. Empecé a sudar y quería salir corriendo despavorida. Una cosa es que tuviera ganas y otra muy distinta era plantearme la idea de hacerlo.

—¡Me estás asustando!

—Soy tu novio ¿No? No deberías de tener miedo.

—Sí, pero, es que eres una caja de sorpresas. Yo imaginaba ese momento un poco más romántico. No sé, llámame loca, pero siempre creí que sería en una cama, con pétalos de rosa y música romántica de fondo —dejé caer sarcásticamente.

—Pero, ¿qué hay más romántico que la playa? A ti te encanta. No seas ahora tiquismiquis – comentó él entre emocionado y algo decepcionado.

—Mira Jose, no te hagas ilusiones porque me niego...

—Bueno, al menos daremos un paseo por la orilla ¿No?

—Si claro, otro día, ahora hace frío...

—Te pones mi chaqueta también.

—Que pesado te pones, he dicho que no.

Creo que él no se esperaba mi reacción. Quizá él esperaba un sí inmediato. Pero yo tenía derecho también a dudar. Lo miré fijamente a los ojos. El brillo especial que emitían producía en mí ese efecto cautivador que hacía que yo lo quisiese tanto a lo largo de todo este tiempo, incluso aquella vez que él rompió conmigo. Porque pensaba en su rostro constantemente cuando me quedaba a solas en mi cuarto y me lo imaginaba una y otra vez sonriendo. También fue su sonrisa la que me hizo tomar mi decisión.

Me puse las manos en la cara, temiendo que iba a ser inevitable lo que iba a pasar.

Lo seguí de la mano, cruzamos esa pequeña carretera que nos separaba de la ciudad. Nos adentramos en la playa, en esa que minutos después estábamos dándonos el revolcón del siglo y... cómo no, haciéndolo por primera vez... Temblaba de frío, de nervios, de dolor, de excitación, pero estaba con él, entregándome al amor de mi vida. De nuevo, surge la palabra “amor”.

Seguramente la mayor parte de las mujeres recuerda de forma desagradable esa primera vez. Pero yo no puedo decir eso. Era el hombre que yo había elegido, la persona a la que quería de verdad. Si sentí el daño también tengo que decir que sentí el placer.

—No me puedo creer que lo hayas conseguido – dije mientras me volvía a vestir ante su fija sonrisa.

—¿Tan malo ha sido? – me agarró la mejilla y besó mis labios.

—¡Estúpido! – solté una carcajada.

—Pero tenías razón, hacía mucho frío, tendremos que repetir en un lugar mejor.

—¡Jose! – puse mis manos sobre mi cara.

—No seas tonta – se acercó y me dio un fuerte abrazo.

—Ahora sí que ni se te ocurra dejarme, porque te puedo cortar los huevos directamente – bromeé

—No serías capaz...

—Ponme a prueba Joselito.

—Mejor no – dijo mientras me tendía la mano para levantarme.

—¡Hostias que no puedo andar! – me temblaba todo.

—¿En serio? – preguntó asustado.

—No hombre, pero vamos que tampoco estoy para hacer unas bulerías.

Soltó una carcajada, me encantaba su sonrisa, era una persona noble, aunque me dejó, eso no lo hacía peor persona, todo el mundo lo quería, no había una persona que lo conociera, que hablase mal de él.

Volvimos en el autobús. Él no paraba de preguntarme si estaba bien, lo estaba, pero... me encontraba en shock por lo que había acabado de suceder, eso mismo que sucedería los dos siguientes fines de semana, hasta que... a finales de ese mismo mes, a finales de enero, empecé a preocuparme en silencio.

No me venía la regla... ¿La habría liado?

Se lo conté a Jose. No podía más. Llevaba ya una semana de retraso, así que me sinceré con él pese a tener miedo, pues no sabía cómo él podría reaccionar.

—Jose, no me viene la regla – dije mientras comprobaba que su rostro cambiaba de forma bestial.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más de un mes...

—Vamos a tener que hacer la prueba – dijo en voz bajita con la cara descompuesta.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada.

Ese día se tenía que ir pronto. Su madre le advirtió que solo una hora, ya que tenía un examen y tenía que estudiar. La respuesta de Jose fue entrar a una farmacia, comprar un predictor y luego obligarme a hacer pis y llevarse el aparato para su casa. Había que esperar como diez minutos para saber el resultado.

Llegué a casa y un rato después me llamó. Mi corazón parecía que iba a salir por mi boca. Yo estaba con el cable del teléfono fijo escondida detrás de la puerta de mi dormitorio.

¿Cómo nos había podido suceder esto? Yo tenía 16 años. Estaba asustada. Nos habíamos dejado arrastrar por nuestros sentimientos y no habíamos sido precavidos. Joder, la habíamos cagado bien. Nuestra vida podía cambiar repentinamente. Éramos unos críos. Nadie nos había advertido de lo que podía pasar. Recuerdo que en el colegio o en el instituto ninguno de nuestros profesores fue capaz de aconsejarnos que usáramos preservativo si habíamos decidido tener relaciones sexuales. Por entonces, era tabú hablar de esos temas abiertamente dentro de un aula cuanto más en la calle.

—Dime, Jose – ordené nerviosa que me soltara de una vez la verdad, toda la verdad.

—Estás embarazada – dijo con voz baja – mañana te espero a la salida del instituto en los pisos del descampado.

—Vale – dije antes de colgar. No podía hacer nada ante aquello.

¿Embarazada? ¡la que había liado! Eso no entraba en nuestros planes, además siempre había tenido claro que no quería parir, iba a adoptar a algún niño que lo necesitara, pero... ¡Estaba embarazada! La voz de Jose sonó seria y fría. Sin embargo, lo noté muy entero, decidido. Yo estaba completamente abatida. No sé qué decisión había tomado mi chico. Me miré en el espejo. No me reconocía. Mis padres no sabían nada. Yo tampoco les iba a decir. Faltaría más. Esperaría. Escucharía lo que tuviera que decirme Jose en el descampado.

Pero yo sí tenía clara una cosa y era que seguiría adelante.

Esa noche carajota de mí, me puse los cascos con la cinta de otro de mis cantantes favoritos Sergio Dalma, lloré como una loca, esa canción era bestial para estos momentos, pero yo, que no tenía remedio, la quise escuchar.

*Ave Lucía,  
el "predictor" se pinta de rosa en tu cuarto de baño  
Ave Lucía,  
y te dice que vas a ser madre a finales de año  
Y tu novio de noches secretas se ha vuelto enemigo  
hace unos días, vaya ironía, ave Lucía.  
Ave Lucía,  
hay un médico tal que resuelve al final este tipo de casos  
con garantía, en un fin de semana te puede sacar de un mal paso.  
Pero sientes que dentro de ti algo nuevo ha pasado  
una rareza, una alegría, algo que crece, ave Lucía.*

*Nacerá, de tu cuerpo nacerá,  
cuando pueda abrir los ojos te verá  
y darás por buenas, las peores de tus penas  
ante todo y sobre todo nacerá.  
Ave Lucía,  
has crecido diez años o más en un sólo día,  
ave valiente,  
decidiendo marchar por la vida levantando la frente,  
y jugándote el tipo por algo que vale la pena,  
yo soy tu amigo, amiga mía, cuenta conmigo  
Ave Lucía.*



Me desperté de haber dormido poco, muy poco. Me fui hacia el instituto, pero claro, no pensaba entrar. No estaba yo por la labor de aguantar a nadie dando esas patéticas clases que en esos momentos tanto odiaba. Solo tenía la llamada de Jose en mente y, sobre todo, lo nuevo que empezaba a crecer en mi interior.

Solo una persona que haya pasado por lo que yo en aquellos momentos estaba experimentando, sabe a lo que me refiero. Ese dolor, esa ansiedad, ese sufrimiento que llevas contigo no se puede expresar con palabras. Lo peor de todo era la incertidumbre, la inseguridad.

Jose y yo éramos unos mañacos. No teníamos ningún tipo de experiencia. ¿Cómo íbamos a ser padres a esa edad? Pero, por otro lado, no podía dejar que aquella criatura desapareciera de mi vida como si fuese cualquier cosa. Yo tenía que asumir mi responsabilidad, hacer frente a mis decisiones, aunque fuesen equivocadas.

No sé si Jose estaría de acuerdo. No sé si Jose estaría dispuesto a asumir los riesgos que conllevaba ser padre tan joven. Lo que más miedo me daba no era tener a mi hijo, sino que la persona a la que amaba desapareciera de mi vida. Esperaba que Jose fuese esa clase de persona responsable y seria que me había ido demostrando estos meses.

Pero no era la primera vez que un novio huye al saber que su novia se ha quedado embarazada. Es de las actitudes más cobardes y más ruines que puede hacer un ser humano. Pero no era la primera vez que mis amigas y yo habíamos escuchado toda clase de historias de ese tipo sobre chicas muy jóvenes que se habían quedado embarazadas y que habían ya estado condenadas a vivir una vida en completa soledad al lado de su hijo, luchando por sacarlo adelante sin el apoyo del padre ni de su familia.

No quería pensar en eso. Me aterraba solo la idea de pensar una cosa así. No, no, no podía ser verdad. Jose no me iba a dejar sola. Intentaba convencerme a mí misma de que nada malo me iba a suceder.

Cuando terminó el instituto fui a donde había quedado con Jose. Al llegar, su cara era un poema.

—Yo lo tengo claro, Natalia, no entraba en mis planes, pero tenemos que tirar para adelante —dijo con firmeza y autoridad.

—Me da miedo, pero pienso lo mismo – añadí yo con voz temblorosa, pero en cierto modo aliviada. Tanto que cuando suspiré parecía que no había respirado en siglos.

—¿Estás bien? – preguntó con un tono de máxima preocupación.

—Sí, pero estoy hundida. Solo tengo ganas de llorar. Pensaba que ... — no pude seguir hablando.

—¿Pensabas que qué? – preguntó alarmado.

—Pensé que me ibas a dejar, que ibas a hacer como hacen otros chicos – dije yo compungida.

—No puedes pensar eso de mí. — dijo enfadado — Por ahora, lo guardaremos en secreto, esperemos un poco más para decirlo a nuestros padres.

—Está bien, yo también lo prefiero así – dije y respiré aliviada.

—No es el momento, pero gracias a Dios, tengo trabajo y lo sacaremos adelante.

—No sé qué decir. Estaba muy asustada. Pensaba que, en cualquier momento, me ibas a decir que cortabas conmigo. Lo que has hecho hoy por mí no lo olvidaré nunca – añadí yo con mucho dramatismo.

Jose no parecía entender mi actitud. Entendía que yo estuviera preocupada, pero parecía un tanto ofendido por el hecho de que yo hubiera pensado todo eso de él.

—No estás saliendo con ningún monstruo, Natalia. Tranquilízate. Eso es lo que tienes que hacer ahora mismo.

—Lo sé, pero no es fácil.

—Estás más preocupada por mí, que por la criatura – dijo esbozando una sonrisa.

—Es verdad. Creía que me ibas a dejar sola. Perdóname. No era mi intención ofenderte. Pero me aterra quedarme sola en este momento.

—Nadie te va a dejar sola – repitió con voz grave.

—Veremos qué pasa...

—No va a pasar nada, como mucho mi hermano será tío con solo un año – sonrió.

—¡ Qué marrón! – puse las manos en mi cara y comencé a llorar.

—Saldremos de esta...— dijo mientras me abrazaba. – No te preocupes por nada, lo afrontaremos juntos.

Esas palabras me reconfortaban. En el fondo estaba muy asustada, pero, por otro lado, iba a tener un bebé del hombre que más amaba en el mundo, una locura a los dieciséis años, pero a lo hecho, pecho.

Pese a la gravedad del asunto, sentí el alivio de una persona que me había comprendido. Que sabía que él era también responsable de lo que había sucedido. Me había tranquilizado. No me iba a dejar en la estacada. Jose me había demostrado su madurez y me había demostrado además que me quería mucho.

Estaba dispuesto a asumir el hecho de ser padre muy joven. Aunque no lo queramos pensar, muchas veces somos las mujeres las que debemos asumir el papel de padre y madre al mismo tiempo. No era la primera vez que mi madre, comiendo en la mesa, nos contaba alguna de estas historias de chicas

abandonadas por sus novios y que ahora debían hacer frente desesperadamente a su nueva situación.

Esa noche en la que no había podido dormir solo pensaba en la soledad. Dios santo, no me quería quedar sola. Porque yo estaba dispuesta hacerme cargo del niño, pero lo que no quería era perder a Jose.

La conversación que habíamos tenido en el descampado hizo que pudiera salir de ese pozo oscuro en el que me había metido.

Jose era una gran persona, obsesionado con el surf y con el skate, pero por lo demás, estaba bastante tiempo conmigo. No me gustaba cuando se juntaba con sus amigos, parecía como si la cosa cambiase. Todos pensaban igual, en dos tetas y un culo, más allá de los sentimientos. Pero Jose me quería, me lo estaba demostrando, pero... cuando se juntaba con ellos, veía bromas entre ellos que no me hacían ni puta gracia.

A las tres semanas de saber nuestro gran secreto, por la noche y en casi penumbra, subí las escaleras con tal mala suerte que resbalé y caí de culo. La luz se había ido durante unas horas, y no vi los escalones. Me llevé el golpe del siglo, pero después de ver que salí ilesa, subí temblorosa por el susto, y me acosté.

Por la mañana, escuché a mi madre entrar en mi cuarto. Me removí inquieta entre las sábanas. Una leve molestia se había instalado en mi estómago, pero no lo di importancia. Hasta que mi madre empezó a chillarme.

—¡Natalia, ¿Qué es toda esa sangre?!

Me erguí de golpe en la cama y miré hacia las sábanas. Estaban completamente teñidas de sangre y entonces fue cuando recordé la tonta caída que sufrí anoche. El miedo me hizo querer llorar, mi bebé estaba en peligro, lo sabía, lo sentía, pero no podía decirle nada a mi madre. Así que le mentí como una bellaca.

—E— es... la regla —tartamudeé sin dejar de mirar la gran mancha.

—No, no lo es...

—Mamá, no le des importancia, por favor.

—Dúchate, nos vamos al hospital — dijo cortando mis protestas.

Por el camino mi madre iba de los nervios. Parecía que presagiaba todo. Jose no sabía nada y yo estaba muy nerviosa como para llamarlo.

—Hija ¿Te has acostado con Jose? —dijo de repente entre intrigada y atemorizada.

Sé que sabía la respuesta, pero supuse que, por miedo, quería escuchármelo decir.

—Mamá. ¡Qué no! — dije mintiendo mientras llegábamos a urgencias.

No sé por qué mentía. En unos minutos seguro se enteraría de la verdad. Y dicho y hecho, el médico tal y como me revisó, miró a mi madre y le dijo;

—Está embarazada, con una gran amenaza de aborto. La tenemos que dejar ingresada.

Mi madre me miró, luego dijo que hiciera lo que hiciera falta siempre y cuando yo estuviera bien.

No me regañó, ni se puso a liar un pollo, me dejó en la habitación y fue directa a hablar con los padres de Jose. El pobre estaba en el instituto. Yo no lo sabía. Me enteré luego cuando él apareció por el hospital y

me lo contó.

Sus padres ya lo sabían, así que ahora solo quedaba saber qué pasaría.

—Siento lo que hizo mi madre – dije al ver a Jose.

—La mía te ha mandado un bocadillo de tortilla con alioli – dijo poniéndolo sobre la mesa soltando una carcajada nerviosa.

—¿Te ha caído mucho?

—No, eso será esta noche, pero bueno, ya se les pasará – volvía a soltar otra risa nerviosa. Dime ¿Cómo estás?

—Yo me siento bien, creo que en breve me largarán de aquí.

—¡Seguro! – dijo mientras me besaba con mucho cariño

—¿Qué han dicho los médicos?

—Qué hay que esperar, que hay amenaza grande, pero hay que esperar.

—Seguro que no pasa nada, ya le he cogido mucho cariño y lo sabe – dijo tocando mi barriga, que estaba más plana que la cama.

—Me encanta verte así.

—En el fondo soy un amor.

—Si ya...

—Menos cuando te dejo, eso ibas a decir ¿No? – puso los ojos en blanco.

—¡Qué va! Eso te lo dices tú mismo, los remordimientos son así – saqué mi lengua.

—Que mala lengua tienes... — negó con la cabeza.

Él se quedaba conmigo todas las tardes, hasta coger el último bus que salía por la noche. Por las mañanas lo hacía mi madre y así se turnaban para acompañarme.

Una fatídica mañana me volvieron a revisar. Me dieron la noticia de que no había podido sobrevivir. Me iban a hacer un legrado. Y juro por dios, que ese dolor, tanto el haber perdido a mi niño, como el de la operación, no lo olvidaré en la vida. Había perdido el fuerte lazo que había sucedido entre los dos.



Fueron tiempos difíciles para los dos. Fueron tiempos difíciles porque habíamos perdido a nuestro bebé. Sin embargo, el hecho de estar tan unidos y enamorados hacía que nos sanáramos el uno al otro.

De nuevo, volvíamos a disfrutar de la vida. Aunque ese peso de tristeza seguía en mí por haber sufrido aquel aborto. Mi relación con Jose era cada vez más sólida. Estaba claro que aquel chico sentía algo muy fuerte por mí y yo le correspondía. Durante mucho tiempo, había pensado que quizá él no iba en serio conmigo.

Mis amigas me habían advertido del carácter frívolo en ocasiones de Jose. Y era cierto que con sus amigos se transformaba. Pecaba de inmadurez. Sin embargo, aquella experiencia nos había hecho a los dos mucho más fuertes.

Ahora éramos una pareja consolidada. Comenzaba marzo y yo le dije que ya no volveríamos a tener sexo en mucho tiempo. Pero eso era imposible. Yo me derretía por él. Bastaba una sonrisa, una frase llena de morbo o un simple beso para que enseguida nos lo montáramos los dos juntos.

Aún recuerdo que le dije una tarde en la playa que se olvidara de mi cuerpo durante mucho tiempo. No quería volver a pasar por la misma experiencia traumática. Me daba igual si ahora tomábamos medidas. Estaba asustada.

—Estate quieto, por favor – suplicaba yo, aunque en el fondo me encantaba que se pusiera a tontear conmigo.

—He traído preservativos...

—Me da igual lo que te hayas traído, como si te la has forrado de acero inoxidable. Déjame en paz durante unos meses.

—No podemos estar así toda la vida. Yo te quiero, tú me quieres. No va a pasar nada malo. No estamos haciendo nada de lo que debamos avergonzarnos – dijo él con esa seguridad que tanto lo caracterizaba.

Yo quería negarme. Pero yo no sé qué tenía que enseguida me convencía y allí mismo, sobre la arena, en un recodo donde el agua se estancaba a la espera de la subida de la marea, volvimos a hacer el amor.

No podíamos refrenar nuestros instintos. Nuestros cuerpos estaban deseosos uno del otro y no podíamos evitarlo. Esa atracción física hacía también que no nos separáramos. Nos queríamos, no solo por nuestra forma de ser, sino porque también éramos cojonudos follando.

Volvió a ser el día de su cumpleaños, 16 de abril, y quedamos en la misma cafetería donde yo le había regalado la pulsera. Ahora le tenía preparada otra sorpresa. Cuando abrió el regalo, se puso muy contento. Era una camiseta de surfero, una camiseta Quicksilver.

Tengo la impresión de que le hizo más ilusión que la pulsera. Vamos a ver. No quiero decir eso exactamente. Creo que la pulsera lo asustó porque él lo interpretó como el principio de un compromiso que yo creo que él todavía no había asimilado. Yo no quise arriesgarme esta vez y preferí ser un poco más espontánea.

Puesto que le gustaba mucho el surf y sortear las olas con su tabla, pensé que una camiseta sería el mejor regalo. Estaba claro que acerté porque él no dudó en decírmelo. Hacía un año ya de aquel cumpleaños. Pocos días después, desaparecería de mi vida dejándome hecha polvo. Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Ahora la vida era percibida por cada uno de nosotros de una forma diferente. Habíamos madurado. Habíamos tenido una crisis bestial al quedarme yo embarazada y al perder a la criatura después. Me daba cuenta de que, a diferencia de mis amigas, yo estaba experimentando una serie de vivencias que no se correspondían seguramente con mi edad.

Si había algo bueno en todo ello, era que yo estaba creciendo y acatando las consecuencias de todo lo que nos estaba pasando. Jose me había demostrado que no se iba a separar de mí. Fueron meses extraordinarios aquellos que sucedieron antes del verano.

Me daba cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro y la playa era nuestro hogar, nuestro verdadero hogar. Lo que recuerdo también de aquellos días fue una moto, la moto que se compró Jose. Era una Derbi Variant.

Alucinábamos con aquel cacharro. Íbamos a todos lados con ella. Salíamos por la noche. Ahora podía salir hasta un poco más tarde que de costumbre. Allí, en la playa, se sucedían los encuentros amorosos. El mar, siempre el mar, frente a nosotros, nos hacía sentir especiales.

—¿Verdad que me quieres? – preguntaba yo sentada en la arena, mientras él miraba el mar.

—No, no te quiero, te odio. No te puedo ni ver – me respondía automáticamente con una sonrisa gigante adornando su cara.

—Serás tonto – le dije yo con sorna —Tú quieres pelea, ¿verdad? – lo amenacé en plan de broma.

Y después de esa conversación absurda, tenía lo que tiene que venir. Me tiraba encima de él para morderle. Entonces él me echaba hacia atrás, hacia la arena y era entonces cuando nos volvíamos a perder. Bueno a mí me gusta más decir que lo que hacíamos era echar un polvazo. El polvazo del siglo, seguramente éramos un total espectáculo para todas esas gaviotas que surcaban el cielo.

No puedo olvidarlo. No puedo olvidar nada de aquello que hicimos siendo todavía unos adolescentes. Ahora que lo pienso, pasado el tiempo, me doy cuenta de que, pese a la alegría de vivir, esa alegría de emocionarnos juntos, yo sentía la ausencia de aquella criatura que no había llegado a nacer.

Ese tipo de cosas no se olvidan. Jose y yo alguna vez lo habíamos hablado, aunque sobre todo él evitaba

referirse al tema. ¿Qué habría sido de nuestra vida si aquella criatura hubiera llegado a nacer? ¿Cómo habría influido en nosotros? ¿Habríamos aguantado el tipo? ¿Habríamos sido felices igualmente? Nunca lo sabríamos. Pero eso no sucedió. Y en cierta manera aquello nos había hecho cambiar. La actitud de Jose iba cambiando. Tenía más responsabilidades en el trabajo y yo me daba cuenta poco a poco de que ya no era una niña, de que tenía que empezar a labrarme un futuro profesional.

Sin embargo, no puedo caer en la tristeza y en la nostalgia. Jose y yo éramos dos seres apasionados. La noche y la playa eran los lugares donde más cómodos estábamos. Allí no nos molestaba nadie. Parecía que no existiera el tiempo, parecía que no existiera el mundo. Estábamos ajenos a todo. No existían los problemas allí. Muchas veces, cuando salíamos de alguna discoteca, nos dirigíamos a la playa. A veces, sobre todo los fines de semana, nos gustaba ver amanecer. No importaba el frío. Nos teníamos el uno al otro. Él me abrazaba y sentía el calor de su cuerpo y yo no quería que las horas pasaran. Estaba extasiada, como había estado en aquella primera cita, sentada entre sus piernas frente a los pisos, frente a aquel descampado donde las pandillas de críos hacían sus guerras imaginarias.

Era hermoso ver cómo el cielo se incendiaba lentamente. El agua más calmada comenzaba también su rutina. Comenzaban las olas a surgir del fondo y a llegar hasta la orilla. Era a esa hora cuando Jose y yo hacíamos el amor.

Aquel paisaje lleno de luz, lleno de vida y también de misterio nos abrazaba como Jose me estaba abrazando en aquellos instantes. Guardábamos silencio. Las olas lo decían todo. La marea bajaba y podíamos ver los bancos de arena al fondo. Todo era magia delante de nuestros ojos.

La vida nos sonreía. No sé si aquello era felicidad. Pero yo sentía algo parecido a lo que puede ser esa experiencia. El paisaje no sería el mismo si yo no hubiese estado con Jose. Eso lo tengo claro. Lo que hace a los lugares tan especiales son las personas. Aquel amanecer nos emocionaba, no porque fuera precioso, que lo era, sino porque nos amábamos. Ahora la palabra "amor" no se me hacía grande. No estábamos enamorados sin más. Éramos amantes. No lo decía yo. Lo decía el sol que iluminaba nuestros rostros mientras él, sin que yo lo esperara, me besaba.



Empezaron las broncas, parecía que nadie asimilaba nuestra relación, que el mundo se ponía en nuestra contra, eso me afectaba mucho, a él ni os cuento, pero estábamos juntos por que nos queríamos y eso nos hacía tener fuerzas para seguir.

El verano fue de lo más divertido, empezamos a salir con amigos y eso hacia las tardes y noches muy divertidas, los días entre semana íbamos a la playa en su moto al medio día, después de trabajar y los fines de semana lo pasábamos enteros en la playa, perdidos en esas dunas, de la que solo salíamos para refrescarnos en el mar.

Tuvimos la suerte de que mi hermana dijo de irse a un camping en la playa con el novio y la convencí para que nos llevara, no se me va a olvidar en la vida, Jose ya tenía más libertad y mis padres en el fondo estaban encantados con él, así que aceptaron.

Nos fuimos a ese camping, en una punta de la playa, llegamos hasta allí con la marea baja, con las motos, cargados de todo para pasar unos días.

Montamos una tienda para nosotros y ellos montaron otra.

Alcohol, comida, mar y sol nos esperó esos días, en los que por la noche encendíamos una hoguera y disfrutábamos de aquel paraíso, solo para nosotros cuatros.

Era muy feliz con Jose, lo amaba con toda mi alma, él era un tipo muy servicial y sobre todo muy activo, se las ingeniaba muy bien con todo, me encantaba, su serenidad, el respeto con el que se dirigía a todo el mundo y sobre todo el amor que transmitía a pesar de su corta edad.

El resto del verano lo pasamos en grande.

Llegó el 22 de agosto y recuerdo que ese día fuimos a la playa, hacía un año del concierto de Terapia Nacional, nos metimos en el agua y saco una cosa del bolsillo del pantalón, era una cajita de joyería, la puso en mis manos.

—¿Qué es esto? – pregunté emocionada.

—No sé, alguien me dijo que era un día muy especial y que te dieran esto.

—Si ya... — sonreí y le di un beso antes de abrirla, era una alianza de plata, por dentro la fecha de ese día, me emocioné mucho, esa alianza para mí era muy importante – Me encanta – dije devolviéndole el beso.

—Me alegro – me abrazaba como solo él sabía hacerlo, allí en medio del mar, en un momento que se grabaría para siempre en mis retinas.

Ese año me apunte a Cruz roja, entraba el otoño y quería hacer algo, así que allí aspiraría a cursos y ganaría horas de servicio para algunas bolsas del INEM, por si más tarde me servía para algo. Con el paso del tiempo Jose empezó a comportarse de manera extraña. La gente no paraba de hablar y me llegaban rumores de que se veía con otras a mis espaldas.

Yo naturalmente no les creía. No es por nada, si no que tenía una fe ciega en él. No lo veía capaz de hacerme una cosa tan rastrera y menos habiendo pasado lo que hemos pasado. Salía más con sus amigos, eso sí, no estaba quieto y cada tanto me ponía una excusa para no quedar. También tengo que decir que si por mí hubiera sido hubiera estado las veinticuatro horas del día con él, por lo que decidí darle espacio.

Una noche, después haber estado trabajando en un karaoke, él estaba allí esperándome a que terminara mi turno. Pero antes de que eso pasara, vino hacia mí y me dijo que tenía que ir a su casa a coger un par de cosas que se había olvidado. Besé su mejilla, mas no pude hacerlo en sus labios, ya que siquiera espero mi contestación y se marchó.

Un dolor intenso se instaló en la boca de mi estómago. Hay quienes dicen que cuando esas cosas suceden, tu corazón lo sabe. Por mucho que te digas a ti misma que no te afecta, lo hace. Por mucho que quisiera creer a Jose, no lo hacía. Por lo que tras decirle a mi jefe que me iba por no encontrarme bien, salí del local y lo seguí.

Justo al girar la esquina los vi. Él se asustó al verme, la chica al ver su cara se giró rápidamente. Juro por lo más sagrado que sentí cada pedacito de mi corazón romperse. Me estaba engañando, en todas mis narices.

—Eres un hijo de puta... —susurré entre lágrimas. El alma desgarrada y las piernas temblando—, ¡¿CÓMO TE ATREVES A HACERME ESTO PEDAZO DE MIERDA!?

La chica salió despavorida en cuanto me vio acercarme con claros signos de violencia. Tenía ganas de matarlos a los dos. Jose anduvo hacia mí, con las manos en alto y el semblante pálido. Veía el arrepentimiento en sus ojos, juro que lo vi. Y como idiota volví a caer.

Entre llantos y disculpas, me besó. Con esos labios que segundos antes habían estado besando a otra. Tonta más que tonta, me repetía en la cabeza. Pero lo amaba tanto que lo perdoné. Me prometió no volver a hacerlo más y que solo fue un error que se iba a dedicar a enmendar.

Yo no podía más, el dolor me estaba derrumbando día a día, no podía quitar de mi mente a los dos abrazados, lloraba desconsolada, él lo veía, me costó mucho empezar a levantar cabeza, aunque realmente me costó mucho levantarla, pero no olvidar lo sucedido.

Los días pasaron y el fin de semana volvió a llegar. Quedamos en irnos a san Felipe Neri, un lugar donde rezumaba marcha, fiesta y desenfreno. Tenía que desestresarme y qué mejor manera que salir a beber algo

con mi amor. Y de tantas veces que se lo pedí, por fin me dio ese capricho y fuimos. Quedamos con unos amigos en uno de los pubs, estaban todos algo contentos una vez que llegamos y todo eran risas y cachondeo. Jose y yo bailamos bebimos y nos lo pasamos pipa, hasta que uno de ellos soltó lo que no tuvo que soltar.

—¿Vamos al Pub donde estuvimos los otros días, Jose? Seguro que hay más donde elegir...

Parpadeé, sin creerme lo que estaba oyendo. Sentí como las manos de Jose se tensaban en torno a mi cintura y cuando me giré pude comprobar como de pálido se había puesto ante la metedura de pata de su amigo. Y después de darle una mirada envenenada me largué calle arriba queriendo desaparecer.

Después de un largo paseo por la playa, que, en vez de calmarme, lo que hizo fue ponerme más cabreada aún, volví al pub, donde él seguía allí con sus amigos bebiendo en silencio y mirando de un lado a otro, supuse buscándome. Y ni corta ni perezosa, me acerqué hacia él con decisión. Y delante de todos los presentes, le di la bofetada del siglo. Le dije de todo, le insulté y me puse hecha un basilisco.

No daba crédito a lo que estaba sucediendo, sencillamente la rabia me nubló la mente y solo quería matarlo.

Salí de allí y volví en un taxi para mi casa, menos mal que llevaba dinero, porque estaba a 7 kilómetros y a esa hora, no había bus.

Me quedé muerta, llegué a la puerta de mi casa y ahí estaba él esperando ¿Cómo coño había llegado antes que yo? ¡Me quede muerta!

—Ni me hables, ni me toques – dije mientras pasaba por su lado.

—Quiero hablar contigo.

—¡Vete a la mierda!

—Escúchame... — me agarró del brazo y me solté de tal manera que le di en toda la boca.

—No te voy a escuchar más, nunca más, no vas a cambiar en la vida, vete de aquí Jose... — dije mientras me adentraba y cerraba la puerta.



No puedo mentir. Estaba muy dolida con Jose. Todo aquello que estaba haciendo me estaba poniendo de muy mala leche. También he de reconocer que me entristecía. Aquel chico que yo amaba estaba destrozando por completo una historia preciosa. Él intentaba negarlo. Él intentaba siempre poner toda clase de excusas.

Pero la verdad estaba ante mis ojos. No era ni la primera ni la segunda vez que se lo decía. No sé qué hacía todavía con él. En el fondo, lo amaba y quizás esa era la única razón por la que yo seguía a su lado.

Tenía miedo a perderlo. Mi mundo, mi pequeño mundo, estaba inspirado en él. Habíamos pasado muchas cosas juntos y yo no quería deshacerme de aquellas experiencias que formaban parte de mi vida y que nutrían mi corazón.

Pero, al margen de toda estas palabras bonitas, Jose se estaba comportando como un auténtico cabrón. No lo soportaba. Las discusiones iban en aumento y muchas veces, cuando nos quedábamos a solas y nos mirábamos, nos preguntábamos qué demonios hacíamos todavía juntos. No me preguntéis por qué. Porque la razón ya la sabéis. Pese a todo lo que estaba sucediendo, yo estaba atada a él. Mis sentimientos, mi pasión, mis ganas de entregarme a él, de besarlo y de abrazarlo seguían ahí.

Una noche me dejó en el karaoke y yo estaba rabiosa por una nueva discusión que tuvimos. No me podía creer que me estuviera haciendo aquello. Volvíamos a ser dos mañacos que no saben exactamente qué hacer con su vida.

Él me miró fríamente y yo le devolví la misma mirada cuando bajé de la moto. Comenzaba mi trabajo esa noche. Yo no tenía ganas de discutir con él. Pero fue imposible. No sé por qué, pero enseguida nos pusimos a reprocharnos las cosas que habíamos hecho mal.

Cuando el vaso está a punto de rebosar, solo una gota puede hacer que se desborde. Y eso fue exactamente lo que pasó. La paciencia se me agotó y estaba harta de tanta tontería.

Le eché en cara ese juego tonto y absurdo que se llevaba con algunas chicas, esos besos que, a la vista de todo el mundo, se daba con ellas. Al final, iban a tener razón mis amigas cuando me advirtieron que Jose no era trigo limpio, que no podía fiarme de él. Pensaba que había cambiado. Tenía motivos para

pensarlo. Pero no era así. Nuestras palabras de rechazo y de enfado llamaron la atención de muchos que entraban al establecimiento. Y no era para menos, estábamos hablando a voces. A mí me estaba matando, apenas comía, no dormía bien y encima me la pasaba todo el día llorando.

—No puedo soportarlo, Jose. Estás haciendo el ridículo —le reproché airada.

—No digas tonterías. Déjate de habladurías. Solo haces caso a los rumores – se defendía él con gesto serio.

—No me mientas. No me llames loca. Si te he visto yo, cerdo, más que cerdo – le insulté con todo el dolor de mi alma.

—Te estás pasando tres pueblos. No me llames así. No soy ningún cerdo – se envalentonó al hablar.

—¿Me estás llamando loca? Lo está oyendo todo el mundo. Si yo te he visto y tú lo sabes, pedazo de cabrón. ¿Aun así te atreves a llamarme loca?

—Es que parece que lo estás. Solo hace falta ver cómo te estás poniendo. Estoy harto de que me vengas siempre con lo mismo – me reprochó Jose elevando la voz.

—Tengo derecho a pedirte explicaciones. No soy una más, ¿me oyes? No soy una más de tus putas conquistas – no dejaba de repetir una y otra vez.

—Estás celosa. Y no hay motivos para que lo estés, ¿me oyes?

—Pero ¿tú te estás oyendo? Te besas con una y con otra y me tengo que callar. He visto tíos falsos en la vida, pero como tú ya no los paren las madres. ¡¡ Me cago en tu estampa, pedazo de cerdo!! –grité, echando espuma por la boca.

Aquello se estaba saliendo de madre. Yo estaba perdiendo el control y él se ponía de todos los colores. No sé si estaba enfadado o avergonzado. Lo que es cierto es que estábamos dando un auténtico espectáculo en la calle, delante del karaoke y sin cobrar un duro.

Yo siempre he sido una mujer muy impulsiva, pero Jose no se quedaba atrás y, cuando me vio así de airada, optó por defenderse. Pero no tenía razón. Yo lo había visto y él sabía que yo había sido testigo de esos tonteos con aquellas chicas.

No sé a lo que estaba jugando. No sé si quería desprenderse de mí para siempre, pero sin duda esa era la mejor estrategia. Lo que yo no estaba dispuesta a aceptar era que él se saliera con la suya, que viera en mí a una mujer ingenua que se resignaba a consentir toda clase de humillaciones y cuernos. Hasta ahí podíamos llegar. Yo lo tenía claro.

—Te estás pasando, Natalia. Cálmate. No podemos seguir así, ¿me oyes? – las palabras de Jose sonaron amenazantes.

—Claro que me estoy pasando y con razón – sentencié.

De repente, no sé qué se le pasó por la cabeza a Jose. Al verme así de enfadada, paró. Agachó la cabeza y parecía reconocer que lo había hecho todo mal. Yo también me frené por un momento. Los clientes que entraban al karaoke se detenían y poco a poco fueron haciendo un círculo a nuestro alrededor.

Yo estaba un poco avergonzada, pero era eso lo que menos importaba ahora. Yo quería que él reconociese de una vez que me había engañado, que lo estaba haciendo delante de mis ojos sin ningún

escrúpulo.

—Perdóname, Natalia.

—¿Qué dices? ¿Me estás tomando el pelo?

Las palabras de mi chico sonaron auténticas. Pero no era el momento. No era el momento de disculparse de cualquier manera. Yo no era una niña, yo había madurado y quería que Jose me demostrara que tenía un compromiso serio y firme conmigo, con nuestra relación. Estaba claro que teníamos que sentarnos a hablar. Aquella situación no podía prolongarse en el tiempo. Yo no iba a llevar los cuernos que estaba llevando por toda Cádiz, porque, aunque fuesen solo unos besos, yo me sentía traicionada. Y ese sentimiento es terrible. Pese a la fuerza que yo transmitía en cada una de mis intervenciones, el dolor y el miedo se estaban cebando conmigo.

—No está bien lo que estás haciendo conmigo, Jose, ¿y sabes qué? ahora no es el momento. Esto no es cosa que se solucione con buenas palabras. Tengo prisa. Ya estoy llegando tarde al trabajo – dije yo apenada, más calmada.

—Solo quiero que entiendas que yo te quiero a ti, solo a ti – sus palabras sonaron convincentes.

Su rostro se ensombreció. Y pude ver que estaba a punto de llorar como así demostraban sus ojos vidriosos.

Yo no continué con aquella conversación. Todo el mundo nos miraba. Yo no era ninguna actriz de cine para seguir con aquella escena de melodrama. Ni siquiera me despedí de él. Me di la vuelta, le di la espalda y comencé a caminar hasta la puerta del karaoke. Iba a ser una noche larga. Lo peor de todo es que tenía que pinchar los discos, animar a la gente y bailar para que en la pista no cesara la diversión. Tuve que tragar saliva muchas veces. Porque, detrás de muchas canciones de amor, reconocía mis sentimientos. En algunas de aquellas letras, recordaba a Jose.

Tenía que tragarme el orgullo. Y eso era lo más duro. Tenía que fingir que era feliz. Tenía que demostrarle a todo el mundo que yo me lo estaba pasando genial con aquella música. Eso quizá era lo más duro de una noche tras otra en el karaoke. Por la mañana, continuaría haciendo mi servicio en la Cruz Roja.

Lo importante era trabajar, no pensar en nada que me pudiera hacer daño. Pero el daño estaba allí en mi interior, en mi corazón. Sentía por primera vez, después de mucho tiempo, que iba a la deriva, que me mantenía a flote gracias a un madero, pero estaba en mitad del océano, intentando hacer todo lo posible por resistir, por no hundirme y desaparecer para siempre.

La noche no pintaba nada bien. Entré al local hecha un manojo de nervios. Enseguida me puse las pilas, como siempre, y me puse con mis discos. La pista estaba llena. Pasaron las horas y, convencida de que nada extraordinario iba a pasar aquella noche, miré al fondo.

Tras un cristal, atravesando la pequeña galería que rodeaba aquel karaoke, vi a un chico. Era guapísimo. Me fijé en su pelo rubio, en su altura y tenía un cuerpo de escándalo. No sabía qué demonios hacía por allí. Su rostro no me resultaba familiar. Generalmente, al igual que mis amigas, conocía a todos los tíos buenos que había por la zona. Aquel rostro no me sonaba de nada.

Lo mejor vino después, cuando aquel modelo de pasarela entró al karaoke. Yo me quedé de piedra. Me sonrojé, no sabía qué decir en aquellos momentos.

Lo miré a sus ojos azules y las palabras no podían salir de mi boca. Por otro lado, pensé que aquello no era más que una cursilada a la que no debía darle la más mínima importancia. Pero el chico había demostrado un repentino interés por mí. Me pidió una canción, le respondí que iba a esperar su turno, la verdad que fui muy chulesca con él.

No sabía si aquel gesto y aquella elección estaban dirigidos a mí. Si era así, era para morirse. Pero yo estaba bastante jodida con todo lo que estaba pasando con Jose. No tenía ganas de hacerle caso a nuevos galanes y ligues espontáneos. Solo tenía ganas de llorar y de que aquella noche pasará lo más rápida posible.

Pero la cosa no se quedó ahí. Yo creía que el chico se iba a marchar. Que con aquel gesto era suficiente. Pues no. El muchacho empezó a darme la vara.

Estaba claro que algo quería de mí. Pero yo no estaba de humor; lo que menos necesitaba ahora era que un tío se me pegara a mi lado y comenzara a darme conversación. A veces, en el karaoke, tenemos que soportar a toda clase de gente. Entra en el sueldo, como decía mi jefe. Y allí estaba yo, aguantando el tipo, escuchando lo que me decía que al principio no tenía ningún sentido. Pero he de decir que, como era tan guapo y tan atractivo, tampoco le hice muchos ascos.

—Hola, me llamo Josiño – dijo con un acento que no hacía falta que jurase que era gallego.

—¿Y eres gallego verdad? – sonreí irónicamente.

—Te he visto desde lejos y me he dicho; esta chica está triste.

—¿Eres adivino?

—Casi – guiñó su ojo.

—Me llamo Natalia.

Al final se quedó toda la noche a mi lado, me sacó más de una sonrisa, mira que era difícil, pero él lo consiguió, aquel chico que había aparecido de la nada, estaba consiguiendo sacarme una sonrisa en los momentos más difíciles de mi vida.

Y cerró el Karaoke, él insistió en acompañarme a casa y fuimos andando, me reí todo el camino, entre su acento y el desparpajo que tenía, me lo estaba pasando bomba, hasta reconozco que, en más de un momento, hizo que me olvidara de Jose.

Me comentó que estaba haciendo la mili, por eso estaba aquí, en Cádiz, pero mi sorpresa fue cuando me dijo que al día siguiente haría guardia en cruz roja, vaya casualidad, resulta que también pertenecía y el tiempo que estuviese en Cádiz haría los servicios aquí.

—Yo también monto guardia mañana – dije sonrojada.

—¿En serio?

—¡Si!

—¿Eres socorrista?

—No, aún no, monto en radio, cogiendo los avisos, en dos meses hago el curso de socorrista.

—Bueno, entonces mañana yo pasaré la noche metido en radio – soltó una risa.

Quedamos en volvernos a ver al día siguiente, me lo hubiera comido a besos, sé que es una locura, llamadlo como queráis, pero me hizo salir por unos momentos, de ese pozo sin fondo en el que estaba metida.

Jose me quiso llevar en moto, le dije que no, me inventé mil excusas, pero conseguí que no lo hiciera, además fingí estar muy dolida por lo de la noche anterior, realmente lo estaba, pero... Josiño había dado un aire nuevo a mi vida. ¿Soy enamoradiza? No, pero cuando pasa algo, vuelve a pasar otra cosa seguida, eso me pasó en esos momentos, de perder la cabeza por Jose a hacer volar mi imaginación con Josiño, pero era así, fue todo un flechazo, de esos que no vuelven a pasar más ¿Cómo lo sé? Ha pasado mucho tiempo de eso, aún mi corazón vibra en la misma dirección.

Llegué a Cruz roja y allí estaba él, con su mono rojo y una sonrisa espectacular en su cara.

—Nos toca guardia juntos esta noche – dije con voz temblorosa bromeando...

—No me digas. Vamos a pasarlo genial – añadió él con seguridad.

Aquel cuerpo de infarto me había hechizado. Me apetecía saber más cosas de aquel joven. Por primera vez en mucho tiempo, Jose y su mundo se borraron de mi cabeza.

—Me llamo Josiño. Soy gallego – apuntó él dándome dos besos en la mejilla – bromeaba como si no me conociera.

—Yo soy Natalia, aunque ya te dije mi nombre – solté una carcajada siguiendo su broma.

—¿La borde? – preguntó él con sorna.

En aquel momento, me entraron ganas de decirle “tu puta madre”, pero me contuve. Aquellos ojos y aquellas abdominales hacían que yo dejara de comportarme como una energúmena.

El tiempo pasaba y no sucedía nada por suerte. Las urgencias a veces son desoladoras. Lo que no me apetecía aquella noche era encontrarme con accidentes de tráfico u otras clases de tragedias. No, no. Lo que quería era conocer mejor a Josiño.

Lo que recuerdo de aquella etapa era precisamente que todo transcurrió muy rápido. Las guardias con Josiño eran extraordinarias. Nos reíamos. Nos gastábamos bromas. Él me soportaba con entereza porque, para aguantarme a mí, a veces hay que tener unos huevos bien puestos. Y él los tenía, vaya si los tenía.

Nos estábamos gustando. Yo lo sentía así y creo que él también. Conforme pasaban los días, yo solo deseaba hacer guardias con aquel chico, con aquel cuerpo con el que fantaseaba una y otra vez. A Jose le estaba dando de lado. Y él se estaba dando cuenta porque no entendía que yo hiciera tantas guardias, por la noche en la base y por la mañana en los puestos de playa.

—Pero, ¿a dónde vas otra vez? – me preguntaba Jose.

—A la playa, tengo guardia. Hay muchos ahogados este año – mentía como una bellaca.

—Pero, si te van a dar la medalla al mérito del trabajo. ¿Cómo es posible que hagas tantas guardias, hija mía? – comentaba él con tono preocupado.

—No damos a basto. Las playas están llenas y me necesitan a todas horas, Jose.

—No nos vemos apenas. ¿No eras tú la que querías solucionar las cosas? — preguntaba con lástima.

—Sí, sí, sí... — decía yo sin hacerle demasiado caso.

Me preparaba la mochila y salía pitando hacia la base, una vez allí nos trasladaban a la playa.

¿Nos besamos? Pues claro, sucedió una noche de guardia, yo estaba en la parte donde llegaban los avisos y él de socorrista, toda la noche juntos, él sabía que yo estaba con Jose, pero sabía que no lo estaba pasando bien.

Ese beso me mató, me produjo mil mariposas en el estómago, me daba cuenta que estaba sintiendo algo fuerte y especial por él ¿Y Jose? A Jose lo amaba, pero ya no confiaba en él, todo me producía dolor y Josiño era la medicina que necesitaba para calmar aquello, era la persona que menos daño me causaba en esos momentos, sino todo lo contrario, conseguía sacar la mejor de mis sonrisas.

Un día de guardia ambos subimos a la embarcación, con tal mala suerte que resbalé y caí dándome de lleno en todo el culo. Lloré y chillé de dolor, no puedo explicar el dolor tan grande que sentí. Josiño me ayudó a incorporarme y nos fuimos de allí para que me curara. Sentía un gran escozor, tanto que no paraba de chillar. Él se reía sin parar y me decía que era una exagerada.

—¿Exagerada? ¡Un cuerno que te comas! Me duele tantísimo que seguramente no pueda sentarme en un mes.

Y después de eso me besó con fuerza. Haciéndome olvidar el dolor y todo lo que me rodeaba, pero en el fondo a él le gustaba hacerse el interesante, a veces notaba, que me trataba como a una niña chica, pero me gustaba esa sensación, parecía como si me protegiese.

Ya era el colmo de los colmos, pero le presenté a Jose a Josiño, ¡Con dos cojones! Encima le dije que me daba pena que estaba solo en Cádiz, así que cuando iba al Karaoke y Jose alguna noche también trabaja allí, Josiño se nos unía.

¿Diferencia? Que tuve que aguantar a más de una por allí de las que se liaron con Jose, pero él ni las miraba, a mí eso me hizo mucho daño, hasta ahora, yo en cambio, tenía allí a Josiño y le hablaba, nuestras miradas hablaban también lo que nuestros labios no podían decir, pero nos reíamos mucho, en el fondo conseguí que se cayeran bien, al menos que lo fingieran.

Las escapadas con mi gallego, eran cada vez más seguidas, yo solo de pensar que en poco tiempo se iba, me partía el alma, además que con 17 años no podía salir corriendo tras él, si no, sin dudas, lo hubiera hecho.

Me lo pasaba pipa, me sentía genial a su lado, Jose se estaba quedando en un segundo plano, él se lo había buscado, no supo valorar a la mujer que tenía al lado, a esa que moría por él, aquella que en sus brazos dejó de ser una niña.

Así que no estaba dispuesta a desaprovechar el tiempo que Josiño estuviera en Cádiz....



Una noche en la que mi gallego tenía guardia, salí con Jose, esa noche era como una más, pero ya el vaso estaba a reventar y Josiño era la excusa perfecta.

Hasta el coño estaba esa noche. Hasta el mismísimo coño.

Salimos y ni dos pasos podíamos dar cuando alguna lo paraba: Hola, Jose, cuánto tiempo; o qué guapo, Jose, a ver si me llamas.

Yo sí que te voy a llamar, pero para decirte el día de tu entierro, pensaba.

Me tenía hasta las narices y los celos me estaban comiendo viva. Pero él, además, les hablaba cariñosamente a todas, mientras yo tenía la más falsa sonrisa en mi cara.

Entramos en la discoteca y fuimos directamente a la barra a pedir algo, y Jose no tiene otra que pedir por mí. A la mierda, esa fue la gota que colmó el vaso. Respiré hondo y esperé que el camarero pusiera las bebidas. Cuando Jose me acercó la mía para que la cogiera, desastre...

—Mierda, Natalia... — resopló cuando la copa cayó a sus pies, empapándole medio pantalón.

—Lo siento —mentí, no lo sentía en absoluto—, está demasiado oscuro, no te vi bien.

Me miró con las cejas enarcadas, diciéndome sin palabras que no se lo creía.

—Mejor, así no bebes hoy.

Me giré como si no lo hubiera oído y le pedí al camarero lo que yo quería tomar. Sin una palabra más, me fui, dejándolo solo, a la pista. Había salido a divertirme, no a aguantar gilipolleces.

Con mi copa en la mano, comencé a bailar, sin importarme estar allí sola. Sin importarme en absoluto dónde estaba Jose, por mí, como si se tiraba de un puente, esa noche me tenía bastante harta y no paraba de recordar a Josiño. Por mí como no aparecía, por mí como si no...

Y ahí estaba él, frente a mí, bailando con otra. No me lo podía creer, ¿pero de qué iba este tío?

Sin pensármelo, me acerqué, agarré su brazo, lo hice girarse y le eché toda la copa en la cara.

—Disfruta ahora —dije antes de irme.

Salí a la calle, me quité los tacones y comencé a caminar. Ni un minuto tardó en cortarme el paso.

—¿A qué vino eso?

¿Pero sería cínico?

—¿El qué? —respiré profundamente, de nuevo.

—Esa escenita de celos.

—¿Celos yo? Mira, Jose, creo que aún no me conoces bien, pero el día que realmente me sienta celosa, te descuartizo. No me conformaré con mojarte de ginebra.

—No hacía nada malo.

—Estabas bailando con otra, viniste conmigo, ¿te lo recuerdo?

—¿Sabes qué? No sé qué demonios te pasa, no sé qué hago, pero todo te molesta...

—Eres un cínico. Si quieres tontear con todas, no me busques, yo no voy a morirme sin ti. Pero al menos me respetas.

—Natalia, solo son conocidas.

—No quiero ni saber cuánto conoces de ellas —gruñí—. Quédate bailando, yo me voy a casa.

—¿Sola?

—Como si te necesitara para algo...

Eché a andar de nuevo y volvió a agarrarme del brazo, impidiéndomelo. Me entró de todo por el cuerpo, ya no sabía cómo controlarme, pero esa situación me estaba volviendo loca.

Así que, ni corta ni perezosa, me di la vuelta, sí, pero para decirle dos cosas bien dicha.

—¿Sabes qué?

—Dime...

—Me importas una mierda, es más, no me apetece ni tocarte, eso que llevo sin hacer mucho tiempo.

—Te vas a arrepentir de lo que estás diciendo...

—No, escúchame que te lo voy a dejar muy clarito, estoy muy harta de que mucha gente de alrededor tuyo nos lo hayan puesto difícil y tú a callar como un sumiso, me han tachado de infiel, cuando eras tú el que me engañaba, ahora... ahora que me tachan de lo que quieran... puede hasta que tengan razón...

—¿Estás con él?

—A ti te lo voy a decir – dije sacándole el dedo y marchándome con toda la cabeza bien levantada, se acabó aguantar como se besaba con otras, se acabó todo...



Más a gusto que un arbusto, así me quedé, en el fondo me daba pena, el amor no muere tan rápido, pero era mi liberación, el estar con mi rubio, ese que me estaba dando tantos momentos de felicidad.

Monté guardias con él, salí de marcha, éramos Zipi y Zape, aún recuerdo como se escapaba del cuartel muchas noches, saltando el muro y tapado por algún compañero que estaba en esos momentos encubriéndolo.

Jose llamaba a menudo a mi casa, prohibí a todo el mundo que dijera que estaba, pasaba de hablar con él, además al estar todo el día con Josiño, apenas recibía información de Jose.

Los días de guardia en la playa eran muy divertidos, nos escapábamos a unas calas escondidas y allí dábamos rienda suelta a nuestra pasión.

Lo bueno de Josiño era que no prometía nada, eso sí amenazaba con volver algún día para el circuito de Jerez, era un loco de las motos, a mí me partía el alma al saber que teníamos fecha de caducidad. ¿Pero que podría hacer? Nada... solo disfrutar de esos momentos que nos quedaban juntos.

Como me dolía el transcurso de los días, como me arrancaba el alma el saber que cada vez faltaba menos para su partida, si en esos momentos me hubiera pedido que me casase con él, lo hubiera hecho sin pensarlo, sin dudas, hubiera hecho cualquier cosa para poderlo retener a mi lado.

Un día se presentó Jose en mi casa, mi padre le abrió la puerta y entró, me quedé muerta, estaba escuchando camela, me preparaba para ver a Josiño, en ese momento estaba sonando una canción que parecía que iba con el momento, jamás lo olvidaré.

—Escúchala – dije poniendo mi dedo sobre sus labios para que no hablara y señale a la radio.

*¿Qué haces aquí?  
¿No me decías que sin mí*

*también podías vivir?  
¿Por qué me buscas  
si lo nuestro ya se terminó,  
o ella prefiere estar  
con otro nuevo amor?  
Sólo por ti  
daba la vida y yo jamás  
tenía nada de ti,  
sólo creía que me amabas,  
pero que tonta fui,  
he descubierto lo que hay  
dentro de ti.*

*Nada tendrá sentido  
si tú no vuelves más conmigo,  
me faltan muchas ilusiones,  
te pido que no me abandones,  
deseo tanto estar contigo,  
perdóname cariño mío.  
Nada tendrá sentido...*

*No puede ser,  
ya no te quiero y más contigo  
no tropezaré,  
¿ya no te acuerdas cuántas veces  
te burlabas de mí?  
Yo te prometo que jamás  
lo olvidaré.*

Su cara estaba descompuesta, cuando terminó la música me miró con mucha rabia.

—¿Puedo hablar ya?

—No, ya es tarde, no quiero saber nada de ti, habértelo pensado antes de liarte con ¿seis? Haz el favor y sal de aquí

—Te quiero.

—Ya no me vale Jose.

—Por favor, perdóname, estoy dispuesto a hacer lo que me pidas.

—Jamás te pedí nada, jamás, solo quería que me respetaras. ¿Tan difícil era?

—Fui un tonto.

—Eres un tonto, lo has perdido todo.

Me marché de mi casa, lo dejé allí, en el fondo aún quedaba mucho amor dentro de mí, pero... Josiño me

daba todo lo opuesto a lo que él había causado en mí.

Josiño me esperaba en la esquina, me fui con él, en el fondo él me comprendía todo y no le gustaba verme triste, siempre tenía alguna palabra de consuelo, pero solo su presencia, ya lo hacía.

Llegamos a Bahía Sur, ya me daba igual que me vieran con él por todos lados.

—Venga, cambia la cara, verás cómo disfrutamos esta noche.

Sonreí ante las palabras de Josiño, sabía que iba a divertirme esa noche con él. Llegamos al Centro comercial Bahía Sur para tomar algo.

—Tendré que beber más de la cuenta, últimamente ando un poco sosa.

—Bebe lo que quieras, mientras no me vomites encima ni tenga que llamar a una ambulancia, está bien —dijo con una mueca.

—Tranquilo, nunca desfasé tanto —reí.

—¿Estás segura que nunca lo hiciste?

Me quedé parada, con el cuerpo en tensión cuando escuché la pregunta de Jose a mi espalda.

Lentamente y cogiendo aire, me giré. Sí, era él, tan guapo como siempre, y con una cara de cabreo que no podía con ella.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? No se las doy a mis padres, te las voy a dar a ti... —respondí irónicamente.

—No me enfades, Natalia. ¿Qué haces aquí con este?

—Este tiene un nombre.

—Vamos, tenemos que hablar.

—Y una mierda me voy yo contigo —exploté—, ¿pero qué demonios te pasa?

—Tenemos que hablar —me cogió del brazo, intentando acercarme a él. Di un jalón, evitándolo.

—Nosotros no tenemos nada que hablar. He venido a pasármelo bien. No me jodas, Jose, y déjame en paz.

—Te vienes conmigo —insistió.

—En tus sueños. Vamos —agarré la mano de Josiño—, ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

Ni siquiera me dejó moverme cuando ya había jalado de mí, haciendo que me separara de Josiño.

—Ey, tío, tranquilo —dijo este.

—Vete a tu puñetera casa, Natalia se viene conmigo.

—Jose, ¡déjame en paz!

—¡Una mierda te voy a dejar en paz! —le dio una patada a la pared, no sabía si estaba más cabreado o desesperado por hablar conmigo. Se pasó las manos por el pelo en un gesto de desesperación —.

Natalia, por favor, tenemos que hablar.

—Natalia... —dijo Josiño. Lo miré— Ve con él.

—¿Pero os habéis vuelto todos locos?!

—Loco me tienes desde el primer día —dijo Jose—. Maldita sea, Natalia, ven conmigo, tenemos que hablar.

—Lo que tengas que decirme, lo puedes decir delante de él —señalé a Josiño.

Jose, desesperado, le dio un par de puñetazos a la pared.

—Natalia, ve con él.

—¿Pero tú has visto cómo está, Josiño?

—Sí, desesperado por hablar contigo.

—Pero...

—No, tenéis cosas que solucionar. No te preocupes por mí, lo entiendo. Además, yo me voy en una semana. Llámame y nos tomamos algo otro día.

—¡Ni de coña! —chilló Jose. Otra patada a la pared. A ese paso, se destrozaba el pie.

—No puedo creerme que lo defiendas.

—No lo hago, Natalia, pero tú tampoco estás bien. Aclara las cosas.

—Está bien —claudiqué. Me despedí de Josiño con un abrazo y miré a Jose—. Ahora, pedazo de idiota, dime: ¿Qué quieres de mí!

—Tenemos que hablar.

—Ya me he enterado ¿Cuántas veces me lo vas a repetir?

—Monta en la moto – la acercó a mi

Me llevó hasta la plazoleta de enfrente de mi casa, vaya cambio de planes, de irme de fiesta con Josiño, a terminar de nuevo en mi piso.

—Natalia quiero que me perdones, no se vivir sin ti.

—¿Y te has dado cuenta ahora? – pregunté con rabia.

—Lo siento.

—No, no puedes sentirlo y que todo se me olvide, no es así Jose, no voy a volver contigo, si me quieres demuéstralo, pero no ahora, con hechos, con el tiempo, ahora necesito desconectar de todo.

—¿Cuándo se va él?

—¡A ti que te importa!

—Por favor, dímelo – le cayó una lagrима.

—Dentro de una semana.

—Está bien, entonces empezaré a demostrártelo cuando se vaya.

—No te creo Jose, llenaste mi vida, luego me la vaciaste de golpe, hay cosas que jamás borraré de mi mente y que me harán mucho daño toda mi vida.

—Lo sé – se echó a llorar.

Me dio pena, lo abracé, en el fondo me partía el alma verlo así de derrumbado, en el fondo aún sentía mucho por él, pero si hacía una balanza, Josiño se llevaba mi corazón, había llegado en el momento que más lo necesitaba, cuando peor estaba.

Esa noche Jose se fue, prometió no agobiarme, pero dejó claro que lucharía por mí, así se dejara la vida, en el fondo no lo creía, pero sus palabras parecían salidas del dolor y la verdad.



La última semana la pasé agobiadísima, sabía que faltaban días para que Josiño se marchara, así que intenté pasar el máximo tiempo posible con él.

Jose aparecía de vez en cuando, pero sabía que yo estaba mal, el último día en que Josiño se iba, le pedí la moto a Jose, había venido a verme, se me ocurrió hacer la última locura, le dije que tenía que ir a por unos papeles con mi amiga y me fui a buscar y despedir a Josiño, no quería hacerlo, le dije que no podía, pero a última hora quise pasar ese dolor y verlo por última vez.

¿Por qué tenía que pasar aquello? ¿Por qué tenía que pasarnos a nosotros precisamente?

Yo no quería que sucediera. Yo no quería que él se marchara. Eso era una auténtica putada. Sabía que algún día tenía que pasar como él no paraba de repetirme en aquel instante frente al cuartel.

—Es lo mejor, Natalia —decía él con voz de actor de cine.

—¿Cómo que es lo mejor? Cuando mejor lo estábamos pasando, te vas — decía yo lastimosa sin dejar de magrearlo y de darle besos.

—Mejor que acabe esta historia con este sabor dulce — se puso en plan poético.

—Deja de decir gilipolleces. No quiero que se acabe, Josiño. Eres ...

—No soy el hombre que necesitas — me interrumpió mirándome a los ojos.

—Eres mi hombre, sí, sí... —decía yo desesperada, con ganas de comérmelo allí mismo sobre el muro donde estábamos sentados o en la moto si hacía falta.

—Sabes que digo la verdad. Debes perdonar a Jose definitivamente. Es un buen chico. Todos cometemos errores. Él rectificará y sabrá apreciarte de verdad — comentó él con un brillo en los ojos que quitaba el hipo.

—Lo he pasado muy bien contigo, Josiño, mi Josiño.

—Yo he disfrutado mucho contigo también, Natalia. No te olvidaré jamás, ¿sabes?

—Eso lo dices ahora. Cuando llegues a tu pueblo, te enamorarás enseguida de alguna chica y ya no te acordarás de mí – dije yo haciéndome la víctima mientras no paraba de tocarlo por todos lados y de besarlo.

—No niego que pase. Pero tú estarás siempre en mi corazón.

—Déjate de cursiladas y bésame, bésame como tú sabes – le supliqué más que excitada.

Josiño se iba. Sí, se iba y seguramente para siempre. Aquel cuerpo de escándalo, aquel cuerpo del pecado, aquel vigilante de la playa que yo había visto tantas veces en la tele y que ahora estaba delante de mí se iba.

Había acabado la mili y no le quedaba más remedio que marcharse. Yo no lo soltaba. Solo se me ocurría darle besos y abrazos, y palparlo de norte a sur. Madre mía, qué bueno estaba. Aunque yo no había vuelto con Jose, todavía no tenía claro nada de aquella relación. Lo que sí que tenía claro es que Josiño, el chico que físicamente y sexualmente me había vuelto loca, me dejaba. Yo estaba horrorizada. Estaba ante el precipicio. ¿Qué iba a hacer yo ahora sin aquel maromo, sin aquel gallego?

Aquello parecía el final de una telenovela. Conforme le daba besos y le cogía del culo y de otras partes que no voy a decir, me hinchaba llorar. Él se hacía el duro, pero sus besos y sus abrazos también eran desesperados.

Nunca imaginé que estas despedidas existían de verdad. Pensaba que era cosa de las películas románticas que yo a veces veía en casa, a la hora de la siesta. Pero no, aquello parecía sacado de Lo que el viento se llevó. La realidad supera a la ficción. Allí estaba yo con aquel gallego, llorando como una magdalena, frente al cuartel. No me salían las palabras, pero sí las ganas de besarlo y meterle mano. Solo quería comérmelo, devorarlo. No sé si con Josiño sentí el amor pleno, pero si ese que te arranca el alma y te marca de por vida.

Ahora me enfrentaba a un nuevo reto en mi vida. La ausencia de aquel gallego hacía que yo me centrara de nuevo en Jose. Quizá me iba a llevar otro desengaño. Pero la vida es así de jodida. No me quedaba otra alternativa. Yo no sé si Jose sería capaz de demostrarme que era el hombre que yo ansiaba.

Durante mucho tiempo, yo vi en Jose al hombre ideal. Luego se cruzó el vigilante de la playa y yo me convertí en Pamela Anderson. Y entonces mi visión de las cosas cambió completamente. Vais a pensar que estoy loca. Lo estoy, y me da igual. El muchacho estaba temblando de nerviosismo. Pude leer la tristeza en sus ojos.

En este momento, podría escribir una despedida romántica y dulce pero no voy a hacerlo. Si me preguntáis por qué, os diré que me apetece hablar de lo que también significa la vida para mí. Y la vida para mí también es humor, cachondeo, disfrutarla a tope. Y eso era lo que estaba haciendo en aquel momento. He de reconocer que estaba muy triste, pese a que parecía una vampiresa chupándole la sangre mientras suspirábamos.

Se iba una persona con la que yo podría haber tenido una relación mucho más larga que la que había tenido, sí nunca se hubiese marchado, evidentemente hubiera luchado por que nunca se hubiese separado de mi lado, de eso no me cabe duda. Pero estaba claro que el destino no quería que estuviésemos juntos. Ahora que ha pasado el tiempo, no paro de reírme al recordar aquel momento. Porque, en el fondo, mientras yo me despedía, sentía que su cuerpo me seguía excitando. Lo llené a chupetones. Iba a llegar a

Galicia con cinco kilos menos.

Yo no sé porque la mili lo podía haber durado siete años como mínimo. Algún hombre que lea esto me matará, pero me da exactamente lo mismo. Josiño había sido el que me había ilusionado de nuevo, el que me había hecho creer que los hombres maravillosos existen. Ahora yo me quedaba sola, bueno, me quedaba con Jose. Yo no sabía todavía si iba a ser el hombre romántico y sensible que fue conmigo o se iba a comportar como un auténtico cabrón.

Llegó un momento en el que yo no quería prolongar más aquel sufrimiento. Noté que Josiño lo estaba pasando fatal. Él nunca imaginó que iba a tener a una chica como yo mientras hacía la mili. Lo que habíamos vivido seguramente lo guardaríamos en secreto el resto de nuestra vida. Lo mismo el no sentía eso que describo por mí, pero es mi historia y yo lo sentí así.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Aunque me estaba dando el lote, sabía que tenía que dejarlo. Y eso hice. Después de un beso de tornillo y unos cuantos piquitos en los labios, me aparté. Pude ver que se emocionaba al final, cuando vio que yo me montaba en la moto de Jose. Pensé en no despedirme, pensé en no decirle adiós.

Ya os he dicho que estaba como una cabra. Pero no era el momento. Arranqué la moto. Y entonces lloré con más fuerza. El estruendo de aquella moto ocultaba el sonido de mi llanto. Me quedaba mucho por vivir. Me quedaba mucho por sufrir. Al final, lo hice. Le lancé un beso. Y seguramente aquel beso sería el último como sería también la última vez que vería a Josiño. Pobre chico. Allí se quedaba, solo, mientras yo me marchaba. Algo de mí se quedaba también en aquel lugar, frente al cuartel, en el corazón de aquel chico que me había hecho soñar y me había hecho disfrutar de una forma bestial. Por unos momentos pensé que él me propondría una locura para no separarnos, pero no fue así, quizás no era todo lo que necesitaba, pero para mí fue una de las historias más bellas que jamás imaginé vivir.

Parece que es verdad que todas las cosas tienen un principio y un fin. No sé qué pensar de todo esto, pasado el tiempo.

Ahora muchas cosas comenzaban otra vez. El tiempo diría que pasaría con mi vida, pero ahora mismo sentía, que mi vida se había ido con aquel gallego...